



UNA MUJER PARA LA TUMBA

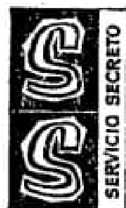
george h. white

UNA MUJER PARA LA TUMBA

GEORGE H. WHITE

UNA MUJER PARA LA TUMBA

Col. SERVICIO SECRETO n.º 713
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 2368 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - ABRIL 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 6932/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
847 — Cumbres nevadas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
705 — Silencio sobre mi tumba.

En Coleción CALIFORNIA:
358 — Tierra de amigos.

En Colección SALVAJE TEXAS:
344 — Ha llegado un revólver.

En Colección KANSAS:
274 — Forajido.

En Colección COLORADO:
290 — La ruta de Kansas.

En Colección ASES DEL OESTE:
77 — De buena ley.

En Colección PUNTO ROJO:
76 — Blanca está la novia.

CAPÍTULO PRIMERO

Después de dos horas de incansable interrogatorio, la tensión pareció remitir hacia las ocho de la mañana, cuando la celadora Mac Tavish entró en la habitación, llevando media docena de tazas de café en una bandeja.

La celadora, compadecida tal vez de Maud, le alargó una de las tazas. Uno de los policías le dio un cigarrillo y el capitán Stern llevó su amabilidad al extremo de ofrecerle fuego en su propio encendedor.

Maud no se dejó impresionar, ni cayó en el engaño de creer que estos eran signos externos de un cambio más profundo y radical en el pensamiento y la actitud de los detectives respecto a ella. Eran hombres duros, duchos en su trabajo, y no se dejarían abatir por el desaliento, por más que ella insistiera en sus reiteradas negativas.

Tomó un sorbo de café, aspiró profundamente el humo del cigarrillo y miró al reloj de pared.

—Son más de las ocho —advirtió con voz cansada—. No estoy muy segura de cuáles son mis derechos, pero creo que no pueden retenerme ni una hora más en esta inmunda prisión a partir del momento en que he cumplido mi condena.

Los detectives guardaron silencio.

Maud dijo, más por ver el efecto que causaba en los policías, que por convicción propia:

—Quiero telefonear a mí abogado.

El capitán Stern le lanzó una rápida mirada por encima del borde de su taza.

—Creí que no sabía cuáles eran sus derechos —gruñó.

Maud contestó:

—No los conozco todos, pero los estoy descubriendo.

Antes que Stern pudiera expresar su fastidio con otro de sus gruñidos, se abrió la puerta y reapareció la celadora.

—¿Puedes salir un momento, capitán? —dijo, desde la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Hay aquí un hombre que dice ser el abogado de Maud Munford.

Stern dirigió una mirada de enojo a la joven. Luego apartó la taza de café a un lado, se puso en pie y salió, cerrando la puerta tras sí.

Maud no cabía en sí de asombro. ¿Quién era el providencial salvador que llegaba, anunciándose como su abogado?

No podía ser Murphy. El viejo abogado que la había defendido, ciertamente con muy poca fortuna, había muerto un año atrás, según sus noticias. Maud trató de recordar. Era posible que alguien le hubiese enviado una esquela por correo, anunciándole el fallecimiento del viejo

abogado, a la vez que aprovechaba para ofrecerle sus servicios. Ella no estaba muy segura.

Stern estuvo ausente apenas diez minutos. Al cabo de este tiempo, regresó seguido de un joven muy alto, que vestía sobretodo azul y traía en la mano su sombrero.

Maud quedóse mirando, sorprendida, al desconocido. Este tenía el pelo rubio y un rostro de facciones agradables, en las que destacaban los ojos azules y el acusado dibujo del mentón. La primera impresión que se recibía de él, era que se trataba de un hombre seguro de sí mismo, dotado de una exagerada cantidad de suficiencia.

—¿Conoce usted a este hombre, señorita Munford? —preguntó Stern.

—Sí, es mi abogado —contestó Maud sin pestañear.

—Soy Harvey Murphy, celebro que todavía se acuerde de mí. Le escribí hace un año, poco después de la muerte de mi padre, cuando pasé a encargarme de sus asuntos.

—Sí, lo recuerdo.

Se produjo una pausa. Murphy miró a los silenciosos detectives y preguntó luego:

—¿Se encuentra en alguna dificultad, señorita Munford?

Maud abrió la boca para contestar, pero el capitán Stern se le anticipó:

—Las dificultades de la señorita Munford provienen de su obstinación en negarse a colaborar con la Policía.

Murphy hizo una mueca.

—¿Es eso cierto, señorita?

—Estos tipos están chiflados —repuso Maud, empleando el desenfadado argot, propio de un presidio de mujeres—. Simplemente, quieren obligarme a decirles algo que no sé.

Murphy miró a Stern con expresión interrogante. El capitán aclaró la voz con un carraspeo y dijo:

—Ayer tarde hubo un asesinato en este penal. Una mujer llamada Gertrude Dobbs recibió una cuchillada mortal, en el comedor. La reclusa Dobbs fue ingresada en estado grave en el quirófano, donde fue intervenida quirúrgicamente. Placía la una de esta madrugada, la señora Dobbs entró en estado preagónico. Llamó a la reclusa Munford, que era su compañera de celda. Antes de morir, la señora Dobbs confió a la señorita Munford algo que esta se niega a decirnos, y nosotros tenemos gran interés en saber.

—Comprendo —Murphy miró la hora de su reloj de pulsera—. Son las ocho y veinte minutos. A las ocho en punto de esta mañana, mi cliente, la señorita Munford, debió ser puesta en libertad. No hay razón legal para que ustedes prolonguen la condena que expiró hace veinte minutos. Si ustedes insisten en retener a mí cliente ni un minuto más, tendrán que proceder a su arresto formal. Para ello deberán formular una acusación, y

verdaderamente me pregunto en qué pueden ustedes basar dicha acusación para detener a la señorita Munford. Que yo sepa, no hay ninguna Ley que obligue a mí cliente a descubrir algo que le fue confiado confidencialmente por una amiga moribunda.

—La cosa no es tan sencilla señor Murphy —gruñó Stern—. Tenemos fundados motivos para sospechar que la confidencia que recibió la señorita Munford está relacionada con el robo de una colección de joyas, valoradas en un millón de dólares, atraco que se perpetró contra una joyería de San Francisco, en mil novecientos cincuenta y cinco, hace ocho años, y en el cual estaba implicada la reclusa Gertrude Dobbs. El marido de esa mujer, uno de los autores del atraco, fue muerto por la Policía, sin que se le pudieran incautar las joyas robadas. Estamos convencidos de que únicamente la señora Dobbs conocía el escondrijo de esas joyas, y es más que probable que momentos antes de morir le confiara el secreto del lugar dónde están escondidas a la señorita Munford.

—¡Eso no es cierto! —protestó la joven—. Gertrude nunca me habló de esas joyas, ni antes ni en el momento de morir.

—Usted no negará que ella le confió algo al oído —dijo Stern, acusador.

—Todo lo que alcancé a oír fue un murmullo ininteligible. Tal vez quiso decirme algo, pero no pudo. Masculló algo que no entendí, dio una boqueada y murió, Eso es todo —aseguró Maud con desenfado.

El capitán Stern abrió la boca para decir algo. Murphy le interrumpió:

—Si la señorita Munford asegura que no llegó a entender nada de lo que dijo la moribunda, mal veo que puedan ustedes ir contra esa afirmación. No se le puede obligar a una persona a decir algo que no sabe.

Stern contempló a la joven con ojos furiosos.

—Está bien, llévesela —dijo irritadamente—. No sé si en verdad conoce el paradero de esas joyas, pero si lo sabe y no quiere decirlo… ¡tanto peor para ella! Tan pronto como intente poner sus manos sobre esos diamantes, se encontrará con unas esposas en las muñecas, camino de regreso a este penal.

Maud se puso en pie, haciendo una mueca de indiferencia. El burdo uniforme de reclusa apenas podía disimular la armoniosa perfección de su figura. Aun sin afeites, resultaba una joven de extraordinario atractivo. Sus rasgos, estudiados por separado, quizá no fueran perfectos. Tenía una nariz respingona, la boca grande y sensual, los ojos verdes y rasgados, y la frente alta y ligeramente abombada. Pero el conjunto, encuadrado en la melenita color castaño claro, era francamente seductor.

—La esperaré en la sala de recibo —dijo Harvey.

Los detectives la siguieron con mirada decepcionada. Stern se encaró con Murphy.

—Si de veras quiere evitar a su cliente que se meta en un lío, mejor que

le aconseje la devolución de las joyas.

—Veamos si acabo de entender este asunto. ¿Qué joyas son esas?

—Las de la colección Blanchet; usted tiene que haber oído hablar de ellas.

—No estoy muy seguro.

—Se exhibían en un escaparate de los joyeros Benson y Peterson de San Francisco, cuando fueron robadas por un par de profesionales. Un vigilante fue muerto por los asaltantes, cuando huían. La Policía dio caza a uno de ellos. Se llamaba John Watson, alias "Mutter". Fue condenado a muerte y ajusticiado meses más tarde. Dobbs consiguió huir con las joyas, pero después fue capturado a tiros por los detectives. Se supuso que la mujer de Dobbs era la persona que conducía el automóvil en el cual escaparon los ladrones, y probablemente la única que conocía el paradero de las joyas. Se la condenó, y por espacio de mucho tiempo intentamos una y otra vez arrancarle su secreto, introduciendo confidentes en su celda, pero esa condenada mujer desconfiaba de todo el mundo y jamás se delató.

—¿Dijo usted que la habían asesinado?

—Sí, ayer tarde, en el comedor. Le dieron una cuchillada.

—¿Saben quién lo hizo?

—No, y dudo que podamos averiguarlo. Muchas reclusas debían estar confabuladas. Se armó un tumulto, y, en mitad de este, una mano anónima le abrió el vientre de una cuchillada.

Harvey Murphy hizo una mueca de repugnancia.

—Parece imposible que una cosa así pueda ocurrir en un penal, ¿no es cierto?

—Sí, y sin embargo ocurren. La orden de ejecución procedía probablemente de afuera.

—¿Quién pudo tener motivos para ordenar el asesinato de esa mujer?

—¡Hum! Eso mismo me pregunto yo. La Dobbs iba a cumplir la condena de aquí a un par de semanas. Si alguien más estaba complicado en el asunto de las joyas, y deseaba ajustarle cuentas, lo lógico en este caso era que la esperase a la salida de prisión.

El capitán Stern se acarició pensativamente la barbilla. En el intervalo, la celadora asomó de nuevo a la habitación.

—Señor Murphy. Si tiene la amabilidad de seguirme, le acompañaré hasta la sala de espera.

Harvey se dirigía hacia la puerta, cuando Stern dijo a sus espaldas:

—Recuerde lo que le indiqué.

El abogado volvió la cabeza.

—Tal vez la muchacha no sepa nada, en realidad, de esas joyas.

—Algo sabe, estoy seguro. Conozco a esta clase de gentuza. Si esto puede servirle de ayuda para convencerla, no olvide que hay una recompensa del veinte por ciento para quien devuelva las joyas. Es lo

máximo que su cliente obtendría, si intentara cortar las piedras y venderlas por separado.

—¿Doscientos mil dólares, eh? —murmuró Harvey pensativamente. Afirmó con la cabeza—. Muy interesante. Lo tendré en cuenta.

Murphy abandonó la habitación.

Diez minutos más tarde, se ponía en pie en la fría e inhospitalaria sala de espera, al aparecer la señorita Munford. Esta traía al brazo un ligero impermeable, y en la mano una vieja maleta de cartón imitando cuero. El vestido por el cual había cambiado el burdo uniforme de penada ceñía apretadamente las caderas y el busto, y quedaba tan corto que permitía admirar sobradamente sus bien torneadas piernas, hasta más arriba de la rodilla.

Murphy quedóse mirándola con asombro.

—Estoy horrible, lo sé —murmuró Maud Munford, pasándose una mano por la provocativa curva de la cadera—. Parece increíble, pero debo haber engordado bastante en estos últimos cuatro años. Era mi mejor vestido cuando llegué a esta inmunda pocilga.

Murphy aquilató con una sonrisa la esbeltez de las piernas femeninas.

—Pues parece haber crecido también —observó—. ¿Está dispuesta?

—Sí, vamos cuando quiera.

La inevitable celadora se encontraba junto a la puerta, con el grave y malhumorado guardián. A través del ventanillo de la puerta, se veía el sombrío patio bajo la lluvia y la niebla gris del otoño. Maud Munford dejó la maleta en el suelo para ponerse el impermeable, mientras el guardián abría la puerta.

Murphy tomó la maleta cuando manifestaba la celadora:

—Te diré lo mismo que a todas, cuando cruzan esta puerta, Maud. Ojalá no nos veamos más. Al menos, no aquí.

—Gracias, eso espero —repuso la joven fríamente.

Hizo una seña de impaciencia a Murphy y traspasó el umbral, lanzándose valientemente al patio, azotado por la lluvia.

La puerta exterior fue cruzada sin más formalidades. Apenas se encontraron en la calle, se vieron rodeados de un grupo de hombres enfundados en relucientes impermeables, que empuñaban cámaras fotográficas y disparaban sus lámparas de destello contra el sorprendido rostro de Maud Munford.

—¡Pero oigan! ¿Qué significa esto? —exclamó la chica.

—¿Es cierto que la Dobbs le confió el secreto del escondrijo de las joyas? —preguntó uno de los periodistas.

—¿Renunciará a la posesión del tesoro, o lo conservará para sí? —interrogó otro.

—¿La sonsacó la Policía?

—¿Qué haría usted, si consiguiera convertir esas joyas en un millón de

dólares?

Murphy se abrió paso, empujando con la maleta.

—Hagan el favor de apartarse. Dejen en paz a la señorita.

Rodeados de los periodistas, llegaron hasta el auto de Murphy. Este arrojó la maleta al compartimiento posterior, y empujó a la muchacha al interior del auto, cerrando la portezuela ante las narices de los insolentes reporteros.

—Sonría aquí, señorita Munford…

Las lámparas de destellos brillaban todavía cuando Murphy alcanzó el volante y puso el auto en marcha.

—Malditos imbéciles —rezongó.

—¿Por qué dice eso? —protestó Maud Munford—. A mí me parecieron unos chicos muy simpáticos.

—Fíese de ellos, y se verá en la primera página de los periódicos, haciendo revelaciones que no salieron de su boca. ¿Le gusta la publicidad?

—A todo el mundo le gusta ver su retrato en los periódicos.

—No cuando uno entra en la cárcel o sale de ella. ¿O se figura que eso puede beneficiarle?

La áspera respuesta de Murphy abrió entre ambos un largo paréntesis de silencio. Arreciaba la lluvia, y Harvey puso en marcha los cepillos limpiadores del parabrisas.

—¿Dónde me lleva? —preguntó Maud.

—Pues… a la ciudad. Supongo que querrá ir allí. ¿Tiene dinero?

—Sí, un poco.

—¿Tiene parientes… amigos?

—No. Los pocos amigos que tenía los perdí cuando me condenaron. Es de esperar que no deseen volver a relacionarse conmigo. Tengo hermanos en Grants Pass, en Oregón.

—Tal vez le conviniera volver allá. Tendrá dificultades para encontrar empleo en San Francisco, si los periódicos publican su fotografía.

—Aun así, voy a quedarse en San Francisco por algún tiempo. He pagado mi deuda con la sociedad, ¿no es así como suele decirse? Ahora me toca la vez de demostrar que fui injustamente condenada, por un delito que no cometí. Esa sociedad de la que forman parte las personas decentes tiene una deuda conmigo… y se la he de cobrar.

Harvey apartó sus ojos de la cinta asfaltada de la carretera para mirar a la joven con sorpresa. El lindo rostro de Maud Munford expresaba ahora una resolución que Harvey no hubiera sospechado jamás en la muchacha. Ella se volvió de pronto y le miró fríamente.

—Sí, sé lo que está pensando usted. Tal vez le parezca una tontería, puesto que de todos modos ya he cumplido la condena que me impusieron, pero, cueste lo que cueste, he de desenmascarar al canalla que me envió a la cárcel. Si no puedo desenmascararle… bien; yo encontraré la forma de

ajustarle cuentas.

—Me da la impresión de que va a meterse usted en un buen lío. Después de todo, ¿qué objeto tiene demostrar que fue víctima de una injusticia?

—Yo era una chica honrada cuando me encarcelaron. Algo tonta, si usted quiere, pero honrada. Exijo una reparación por todo el daño que me causaron.

—¿Es cierto eso? —preguntó Harvey, volviendo la vista a la carretera —. ¿Era inocente, en realidad?

—¡Oiga! —rugió Maud Munford, entre sus apretados dientes—. No necesito que usted me crea para llevar adelante el plan que me he propuesto.

—Tal vez pudiera ayudarle.

—¿Usted? ¡Oh, no! —rechazó Maud con sarcasmo—. Gracias, pero para muestra de lo que un mal abogado es capaz de hacer, ya tuve bastante con el ejemplo del viejo imbécil que me defendió. ¿Era pariente suyo?

—Era mi padre —contestó Harvey secamente.

Maud se volvió a mirarle, advirtiendo el rubor del rostro del abogado, así como el acusado ángulo del mentón que él acababa de encajar con fuerza.

La vida en la prisión había endurecido el corazón de Maud y agriado su carácter. De todos modos, ella se sintió apesadumbrada por lo que había dicho, aunque no lo pareció por el tono con que agregó:

—Lo siento.

Harvey no contestó, pero su actitud respecto a Maud Munford cambió radicalmente a partir de aquel mismo instante. Su despedida, cuando llegaron a la ciudad, resultó fría hasta la hostilidad.

—De todos modos, gracias por haber venido a buscarme —dijo Maud con la maleta en la mano, de pie bajo la lluvia.

—No tiene importancia. Cumplí con un deber de ética profesional. Mi padre la llevó a prisión. Yo tenía que ir a sacarla de allí —fue la seca respuesta de Harvey.

Y cerró la portezuela, al mismo tiempo que hacía arrancar el automóvil.

CAPÍTULO II

La casa de Harvey Murphy, en Market Street, era un vetusto edificio de tres plantas, con una fachada de ladrillo rojo, provista de angostas y alargadas ventanas sobre la calle. El interior, con grandes y destartaladas habitaciones, era oscuro, y resultaba deprimente para ciertas personas que visitaban por primera vez la casa, contribuyendo a crear esta sensación las enormes puertas de madera oscura, el viejo empapelado de los muros y los pesados muebles de caoba y nogal.

En el amplio despacho, donde tres generaciones de Murphy se habían sucedido en el noble ejercicio de la profesión de abogado, las altas estanterías repletas de volúmenes, los confortables sillones tapizados de cuero negro, y las dos pesadas mesas de roble tallado, contrastaban con los modernos ficheros de aceros de acero y un aparato acondicionador de aire, tipo de ventana.

Pese a que el despacho tenía dos ventanales sobre la calle, la luz eléctrica debía estar casi continuamente encendida, y en especial en los días nublados y cortos, característicos del otoño de San Francisco.

En el despacho, la señorita Sharp estaba entregada a su diligente y eficaz tarea.

La señorita Sharp era una solterona cuarentona, flaca y alta, con una nariz ganchuda y gafas de gruesos cristales, que como única concesión a la moda utilizaba las medias de “nylon” que Harvey le regalaba por Navidad, pero todavía se pintaba los labios al estilo de las heroínas de ciertas películas rancias, donde los personajes se movían a velocidad vertiginosa.

Aunque fea y vieja, la señorita Sharp era un elemento insustituible en el bufete, y el más eficiente colaborador que Harvey hubiera podido soñar.

Además de su probada eficiencia, como era soltera y gastaba poco en vestidos y diversiones, la señorita Sharp se contentaba con un salario irrisorio. Esto era muy importante, ya que por una causa u otra, la clientela de los Murphy había ido disminuyendo sensiblemente en los últimos veinte años, hasta quedar reducida casi al círculo de unos cuantos amigos de la familia.

La vieja casa de Market Street, así como lo que contenía, era un exponente de una remota época de prosperidad y todo cuanto Harvey poseía, aparte su automóvil y unos cuantos trajes en buen estado.

Una de las funciones de la señorita Sharp, ciertamente importante, era la de recordar a Harvey sus citas y compromisos.

El joven era un desmemoriado.

—Hola, buenos días —dijo ella, contestando al malhumorado saludo de

Harvey—. Espero que no olvidaría acudir a la prisión de mujeres para saludar a la señorita Munford.

—Estuve allí —replicó, colgando el sobretodo y el sombrero, de la percha.

—El periódico habla de esa muchacha —dijo la señorita Sharp, señalando al diario que estaba sobre la mesa.

Harvey se dejó caer en su sillón giratorio, tomó el periódico y lo desdobló.

Casi lo primero que vio fue una fotografía de Maud Munford, vistiendo todavía su uniforme de reclusa. "¿Habrán cambiado de dueño las joyas de la desaparecida Colección Blanchet?", preguntaba en grandes caracteres de imprenta el periódico.

En otra fotografía aparecía Gertrude Dobbs, en los tiempos en que fue procesada, acusada de complicidad en el atraco en que se sustrajeron las diversas piezas de la valiosa colección Blanchet. El periodista, especializado en artículos de este tipo, daba cuenta del misterioso asesinato de Gertrude Dobbs en el penal de mujeres así como la confidencia que la moribunda hizo al oído de Maud Munford, según se creía para confiarle el secreto del actual escondrijo de las desaparecidas joyas.

Después de leerlo, Harvey quedóse pensativo un par de minutos, hasta que levantando los ojos, preguntó:

—¿Tenemos a mano la documentación del caso Maud Munford?

La diligente señorita Sharp se dirigió a uno de los archivos de acero. Poco después, el abogado abría, sobre su escritorio, la carpeta correspondiente al asunto Munford. Toda la documentación referente al caso, figuraba allí cuidadosamente ordenada, incluso una copia sacada de los apuntes taquigráficos tomados en el curso del proceso contra la acusada.

Harvey desconocía totalmente el asunto. Por las fechas en que su padre tomó la defensa de Maud Munford, él se encontraba en Minnesota, ejerciendo la abogacía en sociedad con un antiguo compañero de estudios en Minneapolis.

Resumido el proceso, este se concretaba en la acusación formulada por un tal Philip Hallen, exportador de frutas, contra su empleada, Maud Munford, por irregularidades observadas en los libros de contabilidad, sumando el desfalco cuatro mil ochocientos cincuenta dólares. La acusada había negado haber efectuado raspados y correcciones en los libros a su cargo, con el fin de ocultar el fraude, pero sus vehementes protestas de inocencia se derrumbaron al serle incautada, escondida en el colchón de su apartamento, una suma de dinero cuya procedencia no pudo explicar.

Interrogada por la policía, y más tarde por la justicia, Maud Munford había alegado refinada perversidad en su jefe, Phil Hallen, el cual dijo, la

había llevado a su apartamento con engaños, manifestándole sus propósitos deshonestos. Según la muchacha, el desfalco era obra del propio Hallen, quien de esta forma quiso vengar la afrenta de los desaires recibidos, y escondió el dinero en su habitación, para comprometerla con una prueba irrefutable.

Nadie creyó su historia. Probablemente, ni su abogado siquiera. Procesada y declarada culpable, fue condenada a cuatro años de reclusión en un penal del Estado.

Después de un estudio objetivo del proceso, Harvey llegó a la conclusión de que la defensa de su padre no había estado a la altura de las circunstancias. Una investigación a fondo de la conducta del tal Philip Hallen, tal vez hubiera demostrado que este tenía en su historia otros antecedentes, en cuyo caso, Maud Munford pudo haberse librado de la cárcel.

Si Maud fue, en realidad, inocente, ella tendría razones más que sobradas para sentirse resentida contra la sociedad en general, y contra el viejo Murphy en particular.

El estudio de la documentación relativa al asunto Munford, tuvo entretenido a Harvey hasta que la señorita Sharp se marchó para almorzar. El abogado continuó un rato más en el despacho, y luego salió a su vez para almorzar en el restaurante situado en la misma calle.

A las cuatro de la tarde, estaba de nuevo de regreso en su despacho. Aunque intentó enfrascarse en el examen de cierto enrevesado asunto pendiente, los detalles del caso Munford volvían, una y otra vez, a su recuerdo para intercalarse en la consulta de los libros de texto que estaba realizando.

A las cinco, empezó a llover de nuevo. La tarde llegó a hacerse tan oscura como si realmente estuviera anocheciendo.

Media, hora más tarde, sonó el teléfono.

—Es para usted. Del capitán Stern, de la Brigada de Homicidios —dijo la señorita Sharp, cubriendo el micrófono con la mano.

Harvey tomó el aparato.

—¿Hola?

—¿Señor Murphy? Aquí el capitán Stern.

—¿Qué ocurre, capitán? Le escucho.

—Un hombre llamado Hallen acaba de telefonearme. Según parece, la señorita Munford le había llamado a él, hablándole en términos amenazadores. Alguien debería advertir a esa señorita Munford cuán peligroso puede resultar el lanzar amenazas contra los ciudadanos honrados.

—No estoy tan seguro de que el tal Hallen sea un ciudadano honrado —repuso Harvey—. De todos modos, ¿por qué me dice eso?

—Usted es el abogado de esa chica, ¿no es cierto?

—Toda relación profesional con esa muchacha terminó por mí parte, cuando me despedí de ella esta mañana. Ni siquiera sabría dónde encontrarla.

—Ella está hospedada en un tabernucho del muelle Este, entre la calle Wharf y el estribo del puente. Puede preguntar por Max Jaw a algún cargador o guardamuelles. Cualquiera le indicará el lugar.

—¿Cree que debo ir, aun sin haberme llamado ella?

—Tal vez piensa que no precisa un abogado. Pero lo necesitará pronto, si sigue por ese camino.

—Está bien —dijo Harvey—, disponiéndose a colgar. Se llevó de nuevo el auricular al oído—. ¡Un momento! ¿Cómo supo usted que la señorita Munford está alojada allí?

—Pues haciéndola seguir, naturalmente —contestó Stern con un gruñido. Y colgó.

Harvey dejó el teléfono sobre el soporte y miró a la señorita Sharp, que se ponía el sombrero y el impermeable, disponiéndose a marcharse.

—La llevaré a su casa —dijo Harvey—. Yo también voy a salir.

—Se lo agradeceré mucho. Los días de lluvia resulta imposible tomar un autobús ni encontrar un taxi libre.

La señorita Sharp vivía en Oakland, de modo que conducirla hasta su casa no era un corto paseo, pero Harvey necesitaba dicho paseo para aclarar sus ideas y decidir si realmente iría a aconsejar a Maud Munford.

Las calles de San Francisco, a las cinco y media de la tarde de un día de lluvia, eran un verdadero caos. En el puente colgante que conectaba la ciudad con el inmediato barrio de Oaklang, los autos formaban apretadas hileras, en forzosa marcha lenta.

Por el contrario, el regreso a la ciudad pudo efectuarlo Harvey con mucha rapidez, rodando contra dirección de la procesión de vehículos que continuaban afluyendo hacia Oakland.

La noche había cerrado por completo cuando alcanzó los muelles.

Llevando su auto a marcha lenta, no tardó en descubrir la sucia muestra de un tabernucho en la que se leía: “Max Jaw. Bar”.

Dejando el auto arrimado al bordillo de la acera, ante un montón de cajones de basura, Harvey cruzó bajo la lluvia, entrando en el bar. Una docena de cargadores tomaban cerveza.

Detuvo con un gesto a una mujer que pasaba, llevando algunos jarros de cerveza.

—¿Tienen alojada ustedes a una señorita llamada Munford?

La mujer miró a Harvey con desconfianza.

—No.

—¿Seguro que no? Procure recordar, se trata de una joven de unos veinticinco años, más bien alta, de pelo castaño y ojos grandes y oscuros… Tal vez se haya inscrito con otro nombre distinto.

—Tal vez —gruñó la mujer—. ¿Quién es usted?

—Soy su abogado. Necesito ver a la muchacha.

—¡Hum! Tome esa escalera. Su habitación es la última del corredor, junto al lavabo. Pero le advierto que tiene otra visita.

—Gracias —dijo Harvey, cruzando rápidamente el salón hacia la escalera.

El corredor era angosto y estaba débilmente alumbrado por una polvorienta bombilla, colgante del techo. Mientras se preguntaba quién podía ser la visita que se le había anticipado, Harvey escuchó el ruido de un golpe apagado y un gemido de dolor, que procedían de la última habitación del pasillo y llegaban por el montante de la puerta, donde faltaba un cristal.

Harvey se detuvo a escuchar, pero probablemente sus pasos le habían denunciado, y en el interior de la habitación se hizo el silencio.

—¿Señorita Munford? —llamó.

No obtuvo respuesta. Esto alarmó al abogado, por cuanto tenía la convicción de que Maud no se encontraba sola.

—¡Señorita Munford! —repitió, levantando la voz. Y golpeó con el puño la puerta.

Dentro sonó el chasquido de un pestillo que se descorría. La hoja se entreabrió, y un rostro de hombre asomó por el resquicio.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —indagó el desconocido con acritud.

Harvey propinó un fuerte empujón a la puerta. El canto de la misma golpeó al hombre en la frente y le tiró hacia atrás, tambaleándose. La puerta se abrió de par en par, y Harvey pudo ver a Maud Munford, muy erguida, sentada en una silla, la falda sobre las rodillas, asida al brazo del hombre que estaba de pie tras ella y le tapaba la boca con una mano, mientras con la otra le amenazaba con un cuchillo.

El abogado saltó dentro de la habitación.

El hombre que estaba detrás de Maud soltó a esta, y se abalanzó sobre Harvey, esgrimiendo el cuchillo. El otro sujeto había quedado momentáneamente atontado por el golpe que el joven le había propinado, lanzando la puerta contra su cara.

Murphy brincó a un lado, esquivando la cuchillada que su agresor le lanzaba.

Por el impulso que llevaba, el individuo pasó a su lado al fallar el intento. Harvey actuó con la rapidez del rayo, asestándole entre los hombros y la nuca un fuerte golpe con el canto de la mano abierta.

El sujeto fue aullando de dolor a estrellarse contra la cómoda y cayó al suelo.

Mientras tanto, el otro tipo se reponía de su aturdimiento y metía la mano en el sobaco, probablemente buscando la pistola que allí llevaba. Harvey le atacó velozmente, disparando su puño derecho contra la nariz.

Alcanzado en pleno rostro, el malhechor salió reculando y agitando los brazos contra el rincón. Allí se enredó con un viejo palanganero, el cual derribó con gran estruendo.

—¡Cuidado! —advirtió Maud Munford, con voz aguda.

El hombre del cuchillo se revolvía con furia para atacar a Harvey por la espalda. Este se volvió para hacerle frente, pero la chica alargó una de sus esbeltas piernas, enredando los pies del sujeto, y haciéndole caer de bruces aparatosamente.

Murphy saltó hacia el hombre, pillándole la muñeca con el tacón.

El fulano soltó el cuchillo, aullando de dolor. Un puntapié de Harvey envió el arma, resbalando por el piso hasta debajo de la cama.

El abogado se inclinó, asió al tipo aquel por el cuello, y lo puso en pie. Le golpeó con el puño en la boca y lo mandó dando vueltas a través de la puerta abierta hasta el pasillo. Harvey se volvió, buscando con la vista al otro sujeto.

Sangrando copiosamente por la nariz, el hombre echó a correr casi a gatas, huyendo hacia la puerta.

Harvey Murphy le propinó un puntapié en las posaderas, el cual, dando nuevo impulso a la carrera del individuo, le proyectó por la puerta contra la pared opuesta del pasillo.

Poniéndose en pie, el hombre huyó, seguido de su acobardado compañero. Harvey salió hasta el corredor para verles ganar atropelladamente la escalera y escapar como alma que lleva el diablo. Entonces sintió ganas de reír, y soltó una carcajada.

Retrocedió, cerró la puerta y se encaró con Maud Munford, que estaba de pie, en mitad de la desordenada habitación.

La muchacha tenía sangre en la comisura de los labios y, en la mejilla, la huella rojiza de unos dedos, allí donde una mano dura había aplicado una cobarde bofetada. Harvey adoptó súbita expresión grave.

—¿Le hicieron daño?

Ella negó, sacudiendo su revuelta cabellera castaña.

—No demasiado. Me dieron una bofetada y luego ese puerco individuo del pelo rojo me golpeó en el estómago. Cuando usted llegó, me taparon la boca y me amenazaron con degollarme, si lanzaba una voz.

—¿Quiénes eran?

—Lo ignoro.

—¿No les conocía?

—No.

—¿Qué buscaban?

—Esperaban que yo les dijera dónde están escondidas las joyas.

—Pero usted no soltó la lengua, ¿eh? —preguntó Harvey con reticencia.

La muchacha clavó en él una mirada de enojo.

—¿Qué se figura usted? —murmuró.

Harvey no contestó. En este momento se escuchaban pasos, acercándose por el corredor. Los pasos se detuvieron ante la puerta y a continuación golpearon las maderas.

—Yo abriré —dijo Harvey, adelantándose.

Al abrir, quedó encuadrada por la puerta la maciza figura de un tipo gigantesco, que llevaba arremangados los velludos brazos y se envolvía a medias con un delantal. Su nariz aplastada y una cicatriz antigua sobre una ceja, le delataban como pugilista profesional.

El hombre traía en la mano un periódico, que mostró doblado de forma que dejaba ver un fotograbado. Ignorando a Harvey y dirigiéndose a Maud, el sujeto gruñó:

—No la reconocí cuando vino a alquilar esta habitación, pero ahora ya sé quién es. Usted es esa Maud Munford, que esta mañana salió de la prisión.

—Sí, lo soy —contestó, mordiéndose los labios.

El pugilista arrojó el periódico a los pies de la joven.

—Generalmente no suelo preguntar su nombre a mis huéspedes, pero tampoco me gusta que me engañen. Así que vuelva a meter sus cosas en la maleta y váyase.

—¡Pero usted me tomó el dinero adelantado de una semana de alquiler! —protestó Maud, indignándose.

—Aquí tiene su dinero —dijo el pugilista, tendiendo unos billetes—. Le he tenido solamente el importe de un día puesto que ya ocupó la habitación.

—Pues si me ha cobrado un día de alquiler, al menos tengo derecho a continuar aquí hasta mañana. ¿No es así, señor abogado? —interrogó Maud, volviéndose hacia Murphy.

Harvey cogió el dinero de la mano del hombre y se lo tendió a la señorita Munford.

—Tome su dinero y vámonos.

—Pero...

—Si no he entendido mal, usted llegó aquí y se inscribió bajo un hombre supuesto. Engañó a este hombre. Por consiguiente, él puede alegar que no es usted persona grata, ateniéndose al hecho de tener reservado el derecho de admisión.

Maud frunció los labios, tomó bruscamente los billetes y descargó una furiosa mirada sobre el pugilista.

—Está bien. Abandonaré esta inmunda pocilga tan pronto haya recogido mis cosas.

El hombre miró la desordenada estancia. Luego levantó los hombros y se marchó.

—¡Vaya faena la suya! —exclamó Maud, encarándose con Harvey—. ¡Si

le dijera que recorrí media ciudad y en ningún sitio quisieron darme alojamiento!

—Ya le advertí que esas fotografías suyas en los periódicos podían perjudicarle mucho. Recoja sus cosas; ya encontraremos otro lugar donde acomodarla.

CAPÍTULO III

En el segundo hotel que visitaron, el dueño no reconoció a Maud a primera vista. Fue después de echar una mirada a la firma que la muchacha había escrito en el libro de registro, cuando, levantando vivamente los ojos, miró a la joven y balbuceó:

—Perdón. Su nombre… ¿no apareció hoy, por casualidad, en los periódicos?

Maud saltó como picada por una avispa:

—¡Sí! ¿Y qué pasa con ello?

Previendo lo que iba a ocurrir, Harvey ya había echado mano a la maleta, resignándose, con un suspiro.

—Lo siento —dijo el hombre que estaba detrás del mostrador, con la llave en la mano—. Si usted es la persona que me figuro, temo que no podré darle habitación.

Maud Munford echó el busto sobre el mostrador, alargó la mano y atrapó al dueño por las solapas, atrayéndolo hacia sí de un vigoroso tirón.

—¡Escuche, mequetrefe! —rugió, mientras aquel clavaba en ella sus ojos sorprendidos—. ¿Quién se figura que soy? He salido esta mañana de la cárcel. No hablemos de si había razón para enviarme allá. Cualesquiera que fuesen los motivos, cumplí la condena que me impusieron y saldé mi deuda con eso que ustedes llaman la "sociedad". Pero ahora no quieren considerarlo así, y me niegan el derecho a tomar habitaciones en sus hoteles y…

Harvey asió a la muchacha por un brazo y tiró de ella.

—Ya basta, señorita Munford. Vámonos.

Pero ella, continuó zarandeando al hombre y gritando:

—¿Por qué me tratan así? ¿Soy acaso una apestada? ¿No soy una ciudadana americana, como cualquier otra? ¿Es mi dinero peor que otro?

Harvey tuvo que ponerse enérgico, sobre todo en vista de que el dueño del hotel alargaba la mano hacia el teléfono.

—¡Basta, he dicho, señorita Munford! —gritó. Y de un tirón, la apartó del mostrador, arrastrándola consigo a través del "hall", en dirección a la puerta de la calle.

Antes de que llegaran a la misma, Maud se desasió de un brusco tirón y se encaró, furiosa, con él.

—¡Escuche, no me maltrate usted también! ¿Por quién me han tomado?

—¡Escúcheme usted a mí! —contestó Harvey, también a gritos, apuntándole con el dedo—. Si deseo que le ayude, déjeme hacerlo a mí

manera. ¿Quiere volver a dormir esta noche en la cárcel?

Esta amenaza pareció apaciguarla, pero no obstante todavía rezongó entre dientes:

—Quizás fuera más fácil encontrar habitación allí.

Murphy la tomó de nuevo por el brazo y la empujó por la puerta hasta la calle. En la acera de detuvieron.

—Será mejor desistir por esta noche —dijo, soltándole el brazo—. El punto de vista de esta gente es razonable. Tal vez a ellos no les importara dar habitación a una chica que acaba de salir de presidio. Pero los periódicos han armado mucho alboroto con ese condenado asunto de las joyas, y cualquiera de los clientes del hotel podría reconocerla y presentar sus quejas al dueño, por obligarles a compartir una mesa en el comedor o el simple uso del ascensor o la escalera con una ex convicta.

—Las compañeras me hablaron de lo difícil que me resultaría encontrar un empleo, pero no creí que el instinto vengativo de la gente llegara hasta el extremo de negarme un techo bajo el que guarecerme.

—No lo hacen por venganza, señorita Munford. Es... bueno; es difícil de explicar. Vamos, la llevaré a casa de una amiga mía, donde podrá pasar la noche.

Con la maleta de Maud Munford a rastras, Harvey abandonó la acera para cruzar el húmedo asfalto hasta el otro lado de la calle, donde había dejado estacionado su automóvil. Como no oyera los pasos de la muchacha siguiéndole, se detuvo y volvió la cabeza.

Entonces vio a Maud que había vuelto hacia la puerta del hotel y escupía con desprecio en los cristales.

Harvey sacudió la cabeza, sonriendo, y reanudó la marcha, escuchando tras sí el rápido taconeo de la joven, que abandonaba la acera y le seguía a través de la calle mojada por la lluvia. En este instante, una especie de presentimiento hizo que volviera la cabeza a la derecha.

Silencioso y rápido, un auto venía hacia él, con todas las luces apagadas.

Murphy estaba ya en el centro de la calzada y decidió seguir adelante, apartándose de la trayectoria del vehículo con una corta carrera.

Pero el coche no le buscaba a él, sino que, desviándose a la izquierda, se abalanzó sobre Maud Munford, que acababa de detenerse a unos pasos de la acera.

Harvey se volvió y advirtió la criminal maniobra del auto.

—¡Cuidado, apártese!

Maud dio media vuelta y echó a correr de regreso hacia la acera que había abandonado. Con el corazón paralizado de terror, Harvey la vio tropezar y caer. Iba a lanzar un grito, cuando el auto pasó velozmente entre él y la joven.

El abogado tuvo la certeza absoluta de que la muchacha había sido

aplastada.

El vehículo pasó ante él como una exhalación, chirriando las ruedas en el asfalto mojado, cuando el conductor enderezaba la dirección. El joven dejó caer la maleta y echó a correr a través de la calle hasta el lugar donde Maud había quedado tendida sobre la acera.

—¡Señorita Munford!

La muchacha recogió las piernas y movió los brazos. Harvey puso una rodilla en el suelo y se inclinó sobre ella. En el mismo instante, chillaba una sirena y un auto negro pasaba zumbando por la calle, con su motor girando a un régimen acelerado.

El abogado volvió la cabeza un instante para ver cómo el auto negro se alejaba en persecución del otro automóvil que estuvo a punto de matar a Maud. Luego dedicó toda su atención a la joven.

—¿Se encuentra bien?

—¡Oh, sí! Creo que me torcí un tobillo al tropezar con el bordillo de la acera.

Harvey examinó el piso mojado por la reciente lluvia.

Una de las ruedas del automóvil se había subido sobre la acera, dejando la marca de su neumático impresa en el piso, junto al lugar donde quedó la muchacha. Solo por unos centímetros, esta no fue atropellada.

—Puede dar gracias a que tropezó —murmuró Harvey—. Esa caída le salvó la vida, con toda seguridad.

La ayudó a incorporarse. A unos pasos de distancia, dos transeúntes les observaban. Luego se alejaron, cruzando uno la calle en diagonal mientras el otro daba media vuelta.

Era claro que no deseaban verse envueltos en las molestias que traía consigo el tener que compadecer como testigos de un atropello. El hombre que en el hotel le había negado el hospedaje a Maud Munford, asomó por la puerta.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No, nada —contestó Harvey secamente.

Pasando su brazo alrededor de la cintura de la chica, la animó a que se apoyara en su hombro. Esta vez, miró arriba y abajo yates de aventurarse a cruzar la calle, hasta su automóvil. Maud avanzó cojeando ligeramente mientras decía entre dientes:

—¡Qué tipo tan bestia! Debía estar borracho, de seguro.

Harvey no contestó. Después de dejarla acomodada en el auto, regresó en busca de la maleta.

Cuando volvió, encontró a la señorita Munford examinándose una rodilla ensangrentada, a través de un desgarrón de la media.

—¿Es grave la herida? —preguntó, mientras ponía el motor en marcha.

—Nada de importancia, una escoriación solamente. Me pregunto si el tipo del auto quiso matarme en realidad.

—No puedo contestarle a eso. Usted debe saber, mejor que yo, si tiene enemigos empeñados en quitarla de en medio.

—¿Enemigos, dice usted? No. No sé que tenga ninguno, a excepción, tal vez, de Philip Hallen. Él me envió a la cárcel. Sabe que cometió una canallada conmigo, y su conciencia no debe dejarle tranquilo.

—A propósito de Hallen —dijo Harvey—. Él la denunció esta tarde a la policía, asegurando haber recibido una llamada telefónica de usted en términos amenazadores. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Y le amenazó?

—Ignoro lo que ese cochino individuó entiende por amenaza. Le llamé solamente para anunciarle que ya estaba en libertad y que lo intentaría todo para demostrar que es un canalla.

—¿Cómo espera usted lograrlo?

—No lo sé, pero encontraré el medio.

Harvey guardó unos minutos de silencio, mientras buscaba el acceso al puente colgante de Oakland.

—El capitán Stern me llamó por teléfono a mí despacho. Su consejo es que deje en paz a Hallen, si no quiere verse en un lío.

—¿Es por eso que vino usted a verme?

—Sí.

—¿Cómo supo que yo estaba allí? Me pasé toda la mañana andando de un lado a otro, hasta que pude encontrar alojamiento en ese fonducho.

—Por lo visto, la policía estuvo siguiéndola todo el día, sin que usted se diera cuenta.

—¿Con qué derecho? —protestó Maud, indignada—. ¿No he de verme libre de amenazas y asechanzas, ni siquiera después de haber salido de la cárcel?

—La policía cree que usted sabe dónde están escondidas esas joyas, de modo que esperan que les conduzca hasta ellas, más pronto o más tarde.

—¡Oh, bueno! Pero, ¿es que me toman por tonta? ¡Naturalmente que no voy a intentar coger las joyas, cuando todavía esta fresco el asunto! —Maud se interrumpió de pronto, apretando los labios, y lanzando sobre Murphy una oblicua mirada de enojo.

Harvey la miró y sonrió.

—¿Así que es cierto que la Dobbs le confió su secreto, después de todo?

—No he dicho eso.

—Vamos, señorita Munford, no pretenda ahora que yo haya oído mal. Tampoco yo soy tonto. Usted sabe dónde están escondidas esas joyas.

Maud sacó desdeñosamente su gordezuelo labio inferior.

—No tiene testigos, de modo que nunca podrá demostrar que yo haya dicho tal cosa. Trate de denunciarme y verá lo que consigue.

—No voy a denunciarla.

—¿No? —murmuró Maud, mirándole con desconfianza y recelo.

—Está metida hasta el cuello en un bonito embrollo, y solo trato de ayudarla a salir de él. Hay una sustanciosa recompensa para aquel que devuelva las alhajas. Usted no robó las joyas, únicamente recibió una confidencia. Mi consejo es que vayamos ahora mismo a la policía, y denuncie usted el escondrijo.

—¡Está usted fresco, si espera que haga eso!

Harvey se volvió a mirarla con enojo. Un enérgico bocinazo le obligó a volver la vista al frente, a tiempo de voltear el manubrio y evitar una colisión con un gran camión que circulaba por la otra pista del puente.

Pasado el sobresalto, Harvey dijo enfurruñadamente:

—¿Sabe lo que debería hacer con usted? Volver atrás y dejarla donde la encontré para que se las entendiera a solas con su problema.

Ella guardó silencio. Luego murmuró entre dientes:

—Si lo que quiere es una parte en el botín, tal vez podamos llegar a un acuerdo.

—¡Escuche, cabezota!… —rugió.

Ella le señaló adelante.

—Cuidado, no pierda de vista la carretera.

Harvey siguió la indicación y dijo mirando a través, del parabrisas:

—Métase esto en la cabeza, lo único que quiero es ayudarla y evitar que vaya a dar con sus huesos nuevamente en la cárcel. He oído hablar de una recompensa de hasta el veinte por ciento del valor de las joyas recuperadas. El veinte por ciento de un millón, son doscientos mil dólares. Aunque solo fueran cien mil, usted debería darse por satisfecha con recoger ese dinero en sus limpias manos, evitándose un sinfín de riesgos y disgustos. Piense en las dificultades; primero llegar dónde están las joyas y sacarlas de allí. Luego desprenderse de ellas, vendiéndolas por separado a gentes sin escrúpulos, que las tasarán hasta el treinta por ciento por debajo de su valor real. Quizá, con todo, no llegue a sacar doscientos mil dólares. Eso mismo lo puede ganar solamente con entregar las joyas a la policía, y queda a salvo de todo riesgo.

—¿Y quién me asegura que luego de entregar las joyas, no me quedo con un palmo de narices, sin recompensa y sin nada?

—Si hay una promesa de recompensa, no hay razón para dudar del buen propósito del que la ofrece.

—¿Sabe, siquiera, quién ha ofrecido esa recompensa?

—No, pero se puede averiguar.

—No se moleste. De todos modos, no me tienta la oferta.

—¿Se da cuenta del riesgo que corre, o es que le gustó la cárcel y está deseando volver a ella?

Maud repuso desabridamente:

—No me gustó en absoluto, pero le diré una cosa. Me echaron cuatro

años por un desfalco que no había cometido. Mi conciencia está absolutamente tranquila. Si incurro en delito ahora, vaya por cuando estuve en la cárcel sin haberlo merecido.

—Esa forma de pensar puede conducirle a un error de bulto. No importa que la condenaran injustamente una vez. Si la pillan con esas joyas, le echarán otros ocho años de cárcel, tanto si ha demostrado que la primera vez la castigaron injustamente como si no. Una cosa no disculpa la otra.

—¿Por qué se preocupa usted? El riesgo es mío, después de todo.

En circunstancias normales, este habría sido el momento de parar el auto junto al bordillo, abrir la portezuela e invitar a la muchacha a apearse.

Harvey lo pensó, aunque no lo hizo.

En el fondo, se consideraba en deuda con la joven.

Si Maud Munford fue condenada injustamente, parte de esa injusticia recaía sobre el abogado que la defendió. El viejo Murphy no debió ver con simpatía aquel caso. No era un abogado criminalista. Defendió a Maud cuando el colegio de abogados le designó por turno, simplemente porque ella no tenía dinero para pagar un abogado que la defendiera.

Un buen abogado la habría librado, quizá, de la cárcel, pero el viejo Murphy ni siquiera consiguió aligerar la gravedad de los cargos acumulados sobre su defendida. El peso de la Ley cayó con todo su rigor sobre la acusada, y esta fue condenada con severidad tan ejemplar como probablemente excesiva.

Si encima de todo esto, Maud Munford era realmente inocente, el daño que entre todos le habían causado era enorme. Ella tenía motivos más que sobrados para sentirse resentida, y Harvey estaba obligando a ayudarla.

En completo silencio, acabaron de cruzar el puente y entraron en el populoso barrio de Oakland, considerado respecto a San Francisco lo que Brooklyn representa en la ciudad de Nueva York.

La señorita Sharp estaba en bata y zapatillas, contemplando un programa de televisión, y se mostró muy sorprendida cuando al abrir la puerta se encontró ante Harvey y la muchacha que le acompañaba. Murphy explicó la situación a la señorita Sharp, rogándole que alojara a la chica, al menos por aquella noche.

—Bueno, si ella quiere dormir en el sofá —dijo la señorita Sharp, sin mucho entusiasmo—. No tengo más que una sola cama.

Harvey miró a Maud, y esta hizo un mohín de indiferencia, levantando los hombros y entrando en el apartamento. Harvey entregó la maleta a la ocupante del piso.

—Mañana le contaré —dijo brevemente—. Buenas noches.

Llovía de nuevo cuando cruzaba el puente sobre la bahía, por cuarta vez en el transcurso de la tarde.

De regreso en la ciudad, decidió estacionar el auto ante su casa, ya que de todos modos estaba sucio y pensaba utilizarlo a primeras horas de la mañana.

A pocos pasos de distancia del portal, junto al bordillo de la acera, advirtió otro auto allí estacionado. Un hombre saltó a la acera cuando Harvey se disponía a introducir el llavín en la puerta de recio roble.

—Señor Murphy…

Era el capitán Stern de la Policía.

—Hola capitán —saludó—. ¿Pasaba casualmente por aquí, o tal vez me estaba esperando?

—¿Puedo hablar con usted?

—Seguro. ¿Quiere entrar?

Stern asintió con la cabeza, siguiendo a Harvey hasta el frío y oscuro "hall", con su característico olor a moho y polvo. El abogado encendió la luz. El capitán Stern habló y dijo:

—Mis hombres me informaron del atentado de que fue víctima la muchacha. Aunque intentaron alcanzar al coche, este se les escapó, mezclándose con la circulación que afluía hacia el puente Oakland. ¿La señorita Munford se encuentra bien?

—Sí. El coche estuvo a punto de arrollarla, pero afortunadamente todo quedó en una torcedura de tobillo y algunos arañazos sin importancia.

—¿Dónde la llevó?

—En los hoteles se negaban a admitirla, de modo que tuve que rogar a mí secretaria, la señorita Sharp, que la acogiera en su apartamento, al menos por esta noche.

—Si me da usted las señas de la señorita Sharp, enviaré a alguien para que proteja la casa.

—¿De veras se trata solamente de darle protección a la señorita Munford?

—¿Por qué lo pregunta?

—Sus detectives estaban apostados en la calle ante aquel tabernucho del muelle. Sin embargo, no fueron capaces de impedir que dos individuos entraran en la habitación de la chica y la golpearan.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Quiere contármelo todo, por favor?

Harvey relató el episodio de su lucha contra los dos rufianes que encontró en el cuarto de Maud.

—¿Sería usted capaz de reconocer a esos hombres, si les viera de nuevo? —preguntó Stern.

—Sí. Supongo que sí.

—Venga mañana por el cuartel de policía, entre las nueve y las diez de la mañana. Tal vez podamos identificar a esos tipos, por las fichas de nuestro archivo. ¿Y ahora me indicará las señas de su secretaria?

Harvey le dio la dirección de la señorita Sharp, preguntando a

continuación:

—¿Cree usted que intentaban matar a la señorita Munford cuando aquel auto se precipitó sobre ella?

—No lo sé, pero es posible.

—¿Por qué habían de querer matarla? —inquirió Harvey.

—¿Por qué asesinaron a Gertrude Dobbs? Si tuviera una respuesta para esa pregunta, sabría, quizá, interpretar el significado de ese atentado contra la señorita Munford. Debe haber algo más profundo y siniestro en este asunto… algo que quizá pasó desapercibido a los investigadores que llevaron el caso Blanchet, cuando desaparecieron las joyas.

Stern se interpuso, sacudió después la cabeza y se despidió bruscamente, como arrepentido de haber hablado demasiado.

—Buenas noches, señor Murphy. No deje de venir mañana por el cuartel.

Harvey cerró la puerta de la calle y apagó la luz.

CAPÍTULO IV

Murphy ya estaba esperando, cuando el capitán Stern llegó a las nueve y media de la mañana.

—Venga conmigo al archivo —dijo Stern, señalando a Harvey el camino—. ¿Cómo se encuentra la señorita Munford?

—Parece ser que durmió a pierna suelta. El hábito debió despertarla temprano. Se levantó, se vistió y anunció a la señorita Sharp que iba a salir para hacer algunas diligencias. Eso es todo cuanto sabemos de ella. Tal vez sus detectives conozcan dónde fue.

Stern no contestó a la última, incisiva, observación de Harvey.

En la espaciosa sala de archivo, el capitán Stern le presentó al sargento Judson. Luego le llevó hasta una mesa.

—Siéntese aquí y vaya ojeando las fichas que el sargento le mostrará. Si identifica, por las fotografías, a alguno de los hombres que agredieron a la muchacha llame a este timbre y yo acudiré.

El capitán se marchó y el sargento Judson llegó con un cuaderno y un lápiz.

—Veamos —dijo el sargento—. Procure señalar los rasgos más sobresalientes de esos hombres, de los cuales pueda estar bien seguro. Por ejemplo el color de los ojos y los cabellos, y si tenían alguna seña particular; cicatrices, limares o simples pecas.

Harvey describió a los dos hombres. Uno de ellos era de estatura mediana, de complexión bastante fuerte, cabellos rojizos y tenía pecas. El otro era delgado, de tez oscura, cabellos negros y ojos castaños.

El sargento anotó todos estos datos en su libreta e invitó a Harvey a seguirle para que presenciara el proceso de la búsqueda de estos dos tipos. Primero le llevó a una mesa en la cual trabajaba una muchacha de uniforme azul. La joven tomó una tarjeta de un montón y, según los datos escritos en el cuaderno efectuó una serie de agujeros en la cartulina, utilizando a modo de una máquina de punzar.

Judson abarcó con un ademán la espaciosa habitación, llena de archivadores de acero, formando disciplinadas hileras.

—Con los escasos datos que usted nos ha proporcionado, encontrar a un hombre de pelo rojizo con pecas en la cara, nos habría llevado tal vez todo un día. Va a ver usted cómo trabaja nuestro cerebro electrónico, resolviendo el problema en unos minutos.

El sargento se dirigió con la primera tarjeta perforada a un rincón de la habitación. La máquina electrónica estaba a cargo de otra muchacha. Esta introdujo la tarjeta por una ranura y apretó una serie de botones.

—Como usted ya habrá comprendido, esta máquina utiliza el sistema selectivo —dijo el sargento—. Cada una de los millares de fichas de nuestros archivos tiene su correspondiente tarjeta. En esta están contraseñados con perforaciones todos los datos correspondientes a la persona en cuestión; sexo, estatura, color del pelo y los ojos, tamaño y forma de la nariz, la boca, el mentón y las orejas. Naturalmente, también están señaladas las características de sus huellas dactilares, las cuales en el caso presente no nos sirven de nada. No tenemos la impresión de sus huellas digitales. En cambio, contamos con datos sobre el color del pelo y los ojos. La máquina seleccionará entre varios millares de tarjetas, aquellas cuyas perforaciones referentes a los ojos y el color del cabello, así como las pecas en la cara, coincidan con las perforaciones que la chica ha practicado en la tarjeta guía.

En este momento empezaban a salir por una ranura de la máquina las primeras tarjetas.

—Si usted hubiese podido facilitarnos datos más concretos respecto a esas personas, incluso prescindiendo de las huellas dactilares, la máquina podría afinar en determinadas circunstancias Hasta devolvernos una sola tarjeta, que sería justamente la correspondiente al hombre que buscamos. Eso, naturalmente, contando que el individuo o los individuos estén fichados en nuestros archivos.

Más tarjetas seguían saliendo de la máquina.

—Vaya a su mesa —dijo el sargento—. Las muchachas le llevarán las fichas de todos los hombres pelirrojos, de ojos azules o grises y que tengan pecas y hayan sido fichados alguna vez por la policía.

Harvey regresó a la mesa, encantado de la rapidez con que prometía desenvolverse el asunto. Poco después comenzaron a llegar a su mesa montones de fichas. La tarea, después de todo, iba a resultar más entretenida de lo que Harvey pensó en un principio. Nunca hubiera pensado que pudiesen haber tantos delincuentes pelirrojos con pecas en la cara.

Pasando fichas de un montón a otro, fue examinando, una tras otra, las fotografías de frente y perfil de un centenar de individuos, hasta que de pronto se detuvo, frunciendo el ceño, y oprimió el botón del timbre.

El sargento Judson se acercó a la mesa y tomó la ficha que Harvey le tendía. Inmediatamente llegó el capitán Stern:

—¿Encontró a alguno de nuestros hombres?

—Sí, este fue el individuo que salió a abrir la puerta.

—Robt Cooper —murmuró—. ¿Por qué no pensé en él? Cooper es hermano de Gertrude Dobbs. Eso explica la visita que hizo a Maud Munford. Robt nunca estuvo en buenas relaciones con su cuñado, pero su parentesco con la mujer debió hacerle pensar que tenía derecho a heredar el tesoro que su hermana escondió en alguna parte. Iré a hacerle una visita

a Cooper.

—¿Debemos seguir buscando al otro individuo? —preguntó el sargento, señalando un gran montón de tarjetas perforadas.

—No es necesario —repuso Stern—. Si era un amigo de Cooper, estará con él.

Harvey hubiera querido preguntarle al capitán sí sabía del paradero de Maud Munford, desde que la muchacha abandonó el apartamento de la señorita Sharp aquella mañana, pero Stern Salió apresuradamente, sin darle ocasión.

El muchacho se despidió del sargento y abandonó el cuartel de la policía. Su auto había quedado estacionado en la calle. Al poner el motor en marcha, Harvey recordó otra cosa que también quería preguntar a Stern.

Se trataba de averiguar quién había ofrecido una recompensa por la recuperación de las joyas robadas.

Teniendo el motor en marcha girando en "ralentí", hizo unas cuantas cábalas hasta decidir que la forma más directa de averiguar este extremo, consistiría en hacer una visita a Benson & Peterson, joyeros.

El joven dependiente al cual se dirigió Harvey, le señaló a un elegante caballero puesto de chaqué y pantalón rayado, el cual en aquel momento atendía a una encopetada señora que iba acompañada de una bella y distinguida señorita.

—Ese es el señor Peterson.

—Veo que está muy ocupado. ¿Podría hablar con el señor Benson?

—El señor Benson se encuentra de viaje por Europa. Espere usted un momento, el señor Peterson ya termina. De todos modos, si yo puedo servirle en algo.

—No, gracias. Prefiero esperar y hablar directamente con él.

Las mujeres se despedían de Peterson. Este les besó la mano, acompañándolas luego hasta la puerta para saludarlas con repetidas y ceremoniosas inclinaciones de cabeza.

Las damas se marcharon por fin. Peterson regresó al interior del establecimiento, y Harvey se presentó a sí mismo:

—Me llamo Harvey Murphy.

Peterson estudió con mirada experta el buen corte de las ropas de Murphy y la natural elegancia de este para llevarlas. El resultado de su examen debió ser satisfactorio.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Soy investigador privado… en realidad un abogado. Tengo entendido que se hizo en su día una oferta de recompensa para aquel que pudiera aportar datos o informes conducentes al rescate de las joyas de la colección Blanchet, y quisiera saber quién ofreció la recompensa y si esta se mantiene todavía.

Peterson miró a Harvey, sorprendido, y luego hizo una mueca de disgusto.

—¡Un detective! —dijo con desdén—. Lo siento, no puedo facilitarle la información que usted desea.

—¿No están ustedes interesados en la recuperación de esas joyas? —interrogó Harvey astutamente.

Peterson evadió la respuesta diciendo:

—Desde luego, nosotros no hicimos nunca esa oferta de recompensa, y esto es por una razón muy sencilla. Las joyas estaban aseguradas.

—Comprendo, ustedes cobraron el seguro. En ese caso, probablemente fue la compañía aseguradora quien ofreció el premio.

—Sí.

—¿Cuál era la compañía aseguradora? ¿Quería usted decírmelo, por favor?

—¿Es que, acaso, sabe usted dónde están las joyas? —inquirió Peterson, entrecerrando los ojos.

—No, pero estoy interesado en ganar esa recompensa… si es que todavía está en pie. Supongo que no habrá razón alguna para que ustedes me oculten el nombre de la compañía que aseguró la colección.

—Eso lo sabe cualquiera. Fue la “Foresight Insurance, Co.”.

—Eso era todo cuanto quería saber. Gracias, y usted disculpe la molestia —dijo Harvey, despidiéndose con un ademán.

Al llegar a la calle consultó su reloj, comprobando que faltaba poco para la hora del cierre de las oficinas. El edificio de la “Foresight Insurance” quedaba a corta distancia, en la misma calle.

Harvey decidió que ahorraría tiempo dejando el auto y marchando a pie.

Pocos minutos después, entraba en las oficinas de la compañía y entregaba su tarjeta de visita, solicitando ver al subdirector, señor Stackpole o a cualquier otro alto empleado.

Fue introducido casi inmediatamente.

En el lujoso despacho, amueblado según las últimas exigencias de la moda en materia decorativa, Stackpole resultó sorprendido la repentina entrada de Murphy.

Plegó y guardó apresuradamente en un cajón de la mesa el periódico que había estado hojeando. Aun así, Harvey todavía alcanzó a leer el rótulo del periódico, que era uno de los que se editaban por la tarde…

Si se trataba de uno aparecido la tarde anterior, entonces la fotografía de Harvey estaba en una de las páginas interiores, junto a Maud Munford, en el momento que esta salía de la cárcel.

Stackpole, rechoncho y afable, se puso en pie para estrechar la mano de Harvey. Tanta campechanía en un personaje de la importancia de aquel, corroboró las sospechas del abogado de que el hombre había echado mano

al periódico tan pronto le fue entregada la tarjeta de visita.

—Siéntese, señor Murphy. ¿Fuma usted? —invitó Stackpole, ofreciendo una caja de cigarros por encima de la mesa.

—No, gracias —rechazó Harvey—. Usted tal vez considere un poco tonto el objeto de mi visita, pero voy a distraerle solo un par de minutos. Se trata únicamente de comprobar si sigue en plena vigencia el ofrecimiento de una recompensa por la devolución de las joyas de la colección Blanchet.

—¿Tiene usted las joyas, señor Murphy?

—¡Oh, no! Claro que no —protestó Harvey, riendo—. Solo siento curiosidad por saber qué ocurriría si otra persona devolviera esas joyas.

—En otras palabras, la señorita Munford le envía, a efectos de sondear nuestra opinión sobre el caso. ¿Me equivoco?

Harvey no contestó, por el momento. Pensaba que había pecado de ingenuo. Una discreta pregunta a cualquier empleado de la compañía habríale bastado para conseguir el informe que deseaba, sin tener que enfrentarse con el astuto y peligroso Stackpole. Este era uno de aquellos hombres que engañaban por su aspecto, aunque, bien mirado, puesto que ocupaba un cargo tan importante, algún mérito debía tener.

Stackpole continuó:

—Hemos seguido con mucho interés el caso. Nuestra Compañía pagó tres cuartos de millón por el riesgo que cubría la póliza del seguro de la colección, y es lógico que queramos recuperar nuestro dinero, rescatando las joyas. Si la señorita Munford quiere devolver ahora esas joyas…

—No he dicho que ella quiera hacerlo. Ni tampoco que las tenga en realidad.

—Señor Murphy, mí tiempo es muy precioso —dijo hombre duro e implacable—. Tanto si ha venido usted a sondear el terreno, como si trae una proposición de negociación en firme, nuestra respuesta es la misma. Dígale a la señorita Munford que traiga las joyas. La recompensaremos con veinte mil dólares.

—¡Veinte mil dólares! —exclamó Harvey, atónito—. Me habían asegurado que la recompensa era de doscientos mil.

—Fue de doscientos mil en los días en que la colección fue robada. Nuestra compañía ha amortizado en parte esa pérdida, y la recompensa es ahora de cien mil dólares. Para la señorita Munford, veinte mil.

—¿Por qué menos a ella a cualquier otro que devolviera las joyas?

—Muy sencillo, señor Murphy. Sabemos que la señorita Munford tiene las joyas, o al menos sabe dónde están escondidas, desde que la señora Dobbs se lo confió, momentos antes de morir. Tanto la policía como nuestros propios detectives vigilan estrechamente a la muchacha, de modo que ella no puede alargar las manos y tomar los diamantes, sin arriesgarse a ser arrestada en el momento que lo intente. Prácticamente, es como si las

joyas carecieron de valor para ella. Nosotros no podemos rescatarlas, por el momento, pero ella tampoco puede sacarlas de dónde están. La señorita Munford es una delincuente, y esas joyas, producto de un robo, le fueron cedidas por uno de los ladrones. No puede, pues, decirse que las haya encontrado casualmente en la calle. Si la atrapan con las alhajas, la señorita Munford volverá a la cárcel por una larga temporada, y las joyas vendrán a nuestras manos, sin que hayamos tenido que pagar premio alguno por su rescate.

Stackpole hizo una pausa y concluyó, clavando sus ojos en el indignado rostro de Harvey:

—Creo que a la señorita Munford le tendrá más a cuenta entregar las joyas y tomar esos veinte mil dólares, considerando que aun así sale mejor librada de lo que merece.

Murphy se puso en pie.

—No lo están poniendo muy fácil para la señorita Munford, señor Stackpole. ¿Sabe lo que yo haría, si estuviera en lugar de ella? Me guardaría las joyas y esperaría a que el tiempo y el aburrimiento les obligaran a descuidar su vigilancia, para entonces desenterrar el tesoro y tomar un avión hasta Sudamérica. En último caso, preferiría conservar las joyas y regocijarme pensando que tenía un tesoro, aunque jamás pudiera disfrutarlo y tuvieran que heredarlo mis hijos o mis nietos. Lo que ustedes pretenden de esa muchacha no es de justicia. Y como todo lo injusto, su proposición es intolerable.

—Para una mujerzuela que acaba de salir de la cárcel y está en peligro de volver a ella, veinte mil dólares de premio es incluso demasiado —dijo Stackpole fríamente.

—Comuníquenme si alguna vez cambian de opinión —repuso Harvey. Y salió del despacho, pegando un portazo.

Todavía no se había apagado el ruido de la puerta al cerrarse, cuando ya Stackpole pulsaba una tecla del aparato de intercomunicación que descansaba sobre su mesa.

—¿Diga, señor Stackpole? —contestó alguien por el altavoz del aparato.

—Harvey Murphy, el abogado de Maud Munford, acaba de salir de mi despacho. Sígale y él nos conducirá de nuevo hasta la muchacha.

—Sí, señor —repuso la voz. Y sonó un chasquido.

CAPÍTULO V

Sin habérselo propuesto, la entrada de Harvey en el despacho fue silenciosa. Abriendo con su llavín, pensativo como iba, empujó la puerta y se encontró ante Maud Munford. Esta ocupaba uno de los confortables sillones tapizados de cuero y se limaba enérgicamente las uñas, la falda por encima de las rodillas, mostrando generosamente sus bien torneadas piernas.

Harvey quedóse mirando las esbeltas extremidades de la joven, y esta tiró del borde de la falda, con un mohín de fastidio.

—¿De modo que ha vuelto? —dijo Harvey, cerrando la puerta y colgando el sombrero de la percha—. ¿Dónde está la señorita Sharp?

—Fue hasta el restaurante de la esquina a traer unos emparedados para el almuerzo.

—¿Hace mucho que está usted aquí?

—No.

—¿Se puede saber en qué empleó la mañana? —siguió interrogando Harvey, mientras se despojaba del sobretodo.

—¿Es obligado responder a todas sus preguntas?

—Puede hacer lo que le dé la gana —contestó con desabrimiento, cruzando el despacho hasta la ventana.

Mirando a la calle a través de los visillos, Harvey vio a un hombre que llegaba rápidamente por la acera de enfrente y se detenía de pronto, mirando hacia las ventanas del viejo caserón. El desconocido sacó un periódico del bolsillo, arrimó el hombro a una farola y simuló leer, aunque sin perder de vista el portal de la casa.

En el despacho, la voz de Maud Munford sonó detrás de Harvey:

—Bueno, se lo puedo decir. Salí temprano para tratar de ver a un antiguo compañero de oficina, antes de que este saliera de casa para ir al trabajo.

Harvey se volvió a mirarla. Maud prosiguió:

—Después de pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que Hallen era demasiado torpe en materia contable para realizar por sí mismo una modificación en los libros a mí cargo. Si alguien le ayudó, esa persona solo pudo ser Henry Lee.

—¿Quién es Lee?

—Trabajaba en la oficina de Hallen como ayudante de contaduría, cuando lo del asunto del desfalco. Todavía trabaja para Hallen, pero ahora es el jefe del departamento de contabilidad.

—¿Por qué cree que el tal Lee pudo ser cómplice de su jefe?

—Oh! Usted tendría que verle, y enseguida comprendería la razón. Lee era uno de esos tipos envidiosos y rastreros, que ocultan su veneno detrás de una sonrisa amable y una palabra de halago. Individuos como él los hay en todas las oficinas; siempre humildes, modestos y silenciosos… ¡pero fíese usted de ellos!

Harvey se imaginó sin dificultad al hombre que Maud le describía.

—¿Logró ver usted al tal sujeto? —preguntó.

—No. Había cambiado de domicilio y me llevó mucho trabajo averiguar dónde vive ahora, pero eso no lo logré hasta mediada la mañana. Mi idea es visitarle esta tarde, después que haya salido de la oficina.

—De acuerdo, iremos a hacerle una visita —dijo el abogado, en el momento que se abría la puerta y entraba la señorita Sharp. Esta traía en un saco de papel algunos “sandwiches” y una lata de cerveza, que depositó sobre la mesa.

—Bien, yo también voy a almorzar —manifestó Harvey—. ¿Quiere usted tomar el “lunch” conmigo?

La invitación iba dirigida a Maud Munford, la cual asintió, poniéndose en pie y tomando su bolso.

Salieron junto a la calle. En la acera de enfrente, el espía les observó a hurtadillas por encima del periódico desplegado. Murphy había dejado su auto ante la casa. Aunque el trayecto hasta el restaurante era corto, decidió tomar el auto para ver lo que hacía el espía.

Tan pronto vio a la pareja acomodarse en el anterior el hombre plegó el periódico y corrió hacia un coche europeo que estaba estacionado en la misma callé, un trecho más abajo. El automóvil era Un pequeño “Dauphine”, lo que Harvey tomó en cuenta, a efectos de la persecución de que esperaba ser objeto.

Murphy condujo su auto hasta la esquina próxima y se detuvo. Al apearse, Maud Munford dijo:

—Luego me llevará usted hasta una peluquería, si quiere hacerme ese favor.

El vehículo europeo se detuvo a una prudencial distancia detrás.

—¿Qué mira usted? —inquirió Maud, en vista del silencio de él.

—Nada, no se vuelva —dijo Harvey, tomándola del brazo y empujándola hacia la entrada del restaurante—. Alguien nos está siguiendo.

—¿La policía, tal vez?

—No lo creo. Ese tipo debe ser un novato o un idiota. Nadie a menos que fuera tonto utilizaría para una persecución un coche tan llamativo. La policía, probablemente nos viene siguiendo también, solo que los detectives de Stern lo hacen con más disimulo.

Mientras almorzaban, Harvey puso en conocimiento de la chica su visita de aquella mañana a la policía.

—¿De modo que Gertrude tenía un hermano? —murmuró Maud—. Es extraño que nunca me hablara de él. Aunque, bien mirado, la Dobbs era una mujer muy reservada. Durante los primeros años de prisión, una y otra vez la policía probó a sonsacarla, poniendo en su celda soplonas, con la promesa de rebajarles su correspondiente pena, si conseguían arrancarle el secreto del lugar donde escondía las joyas. Eso me consta porque también a mí me vinieron con esa proposición, al llevarme a su celda. Yo me negué. En una prisión de mujeres se sabe todo, y Gertrude probablemente supo de mi negativa a colaborar con la "Poli". No se confió, a pesar de todo, pero eso a mí me importaba poco. Nunca le hice una sola pregunta, ni acerca de las joyas que se suponía tenía escondidas, ni sobre ninguna otra cosa. Tal vez eso la animó a confiar en mí cuando estaba a punto de morir, y me llamó a su lado.

—Bueno, yo creo que lo que ella hizo no puede interpretarse como una muestra de confianza. La señora Dobbs sabía que se moría. Lo que, sin duda, quiso hacer, fue premiar su lealtad y su amistad, dejándole una herencia en diamantes que usted nunca podrá tocar.

Maud se limitó a seguir comiendo en silencio.

—Me gustaría ayudarla —dijo Harvey—. Pero desgraciadamente no creo que pueda hacer mucho por usted, si se obstina en su absurda conducta. Devuelva los diamantes. Es lo mejor, y casi lo único factible.

Ella siguió en imperturbable silencio, como si nada hubiese oído. Harvey desistió de continuar aquel tema.

El coche europeo seguía estacionado junto a la acera cuando salieron del restaurante. El hombre del periódico estiró su cuello, sacando la cabeza por la pequeña ventanilla. Cuando el auto grande se puso en marcha, el cochecillo siguió detrás, sorteando ágilmente el tránsito para mantenerse pegado casi a las elegantes aletas del auto americano.

Harvey no le perdió un momento de vista a través del espejillo retrovisor.

Después de dejar a Maud Munford en un famoso instituto de belleza, Murphy puso de nuevo el auto en marcha y miró por el espejillo.

El auto europeo ya no le seguía.

Al llegar al cruce más próximo, Harvey se vio detenido por la luz roja de un semáforo. En la espera, mientras los peatones cruzaban la calle, Volvió la cabeza mirando atrás, pero no pudo ver al "Dauphine".

Aunque en el primer momento se había sonreído pensando en la disyuntiva que le presentaba al espía, obligándole a escoger entre seguirle a él o quedarse vigilando a Maud Munford, ahora empezó a preocuparse. La muchacha estaba en posesión de un secreto de un millón de dólares, secreto que la policía, la Compañía de seguros, el hermano de Gertrude Dobbs y quizá algún otro más, intentarían arrancarle por cualquier medio.

Harvey sintió que se inquietaba. Quizá fuera mejor regresar al salón de

belleza y tratar de proteger a Maud contra cualquier posible asechanza.

En el semáforo brilló la luz verde. Los vehículos que se encontraban a ambos lados y detrás del suyo le obligaron a marchar en línea recta, hasta que al llegar al segundo cruce se situó en posición de torcer a la derecha.

Por una calle paralela a la vía principal, dio la vuelta a las dos manzanas, torció de nuevo a la derecha y se encontró ante el edificio donde había dejado a la joven unos minutos antes. Pero el lugar donde había aparcado estaba ocupado por un automóvil, y en el resto de la calle no quedaba un solo espacio libre donde estacionarse.

Debido a su reducido tamaño, el "Dauphine" de fabricación europeo había conseguido situarse entre dos autos grandes. Harvey pudo comprobarlo mientras pasaba ante el edificio. Pero empujado por la masa de vehículos que venía detrás, se vio obligado a seguir adelante por el mismo camino que ya había recorrido.

Irritado e impaciente, Harvey dio otra vuelta a la manzana, buscando un lugar donde aparcar. Encontró un espacio libre en una calle lateral, y optó por estacionarse allí mismo, so pena de pasarse la tarde entera dando vueltas por los mismos lugares, sin poderse detener en sitio alguno.

Dejando el auto convenientemente aparcado, marchó a pie, recorriendo media manzana hasta la calle principal. Como a cincuenta metros del edificio donde entró Maud Munford, vio el "Dauphine" perseguidor. No había nadie dentro del automóvil. Harvey probó a abrir, tirando de la manija, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Continuó hasta el portal del edificio, buscando en el rostro y en la actitud de los transeúntes las señales inconfundibles del hombre que ejerce una función de espía, pero nada sospechoso pudo ver en los que pasaban en una u otra dirección por la acera.

Decidió entrar en el edificio y subir hasta la peluquería.

Un ascensor le llevó hasta el piso cuarto, el cual ocupaban en su totalidad las diversas dependencias del instituto.

El vestíbulo, al cual se desembocaba directamente desde el ascensor, participaba del carácter de una sala de espera de un aeropuerto en pequeña escala. Las señoras esperaban sentadas en divanes y sillones, y leían revistas o charlaban entre sí, mientras aguardaban su turno. En un rincón había una pequeña cafetería.

Una linda muchacha de uniforme atendía a la clientela, según esta iba llegando, y con arreglo a los deseos y exigencias de cada señora movilizaba los elementos necesarios allá en el misterio de los departamentos donde peluqueros, masajistas y manicuros aplicaban la belleza.

Harvey se acercó al mostrador de recepción.

—¿Busca usted a alguien, caballero? —preguntó la dependiente con amable sonrisa.

Algunos hombres parecían esperar tomando café y hojeando revistas,

pero ninguno le recordaba a Harvey al hombre de cabellos rubios y rizados que había asomado la cabeza por la angosta ventanilla del cochecillo europeo.

—Una amiga mía, la señorita Munford, entró aquí hace un rato.

—¿La señorita Munford? Sí, la recuerdo perfectamente. Hace aproximadamente diez minutos que pasó a la sección de peluquería. Otro amigo suyo vino preguntando por ella.

Harvey experimentó un sobresalto.

—¿Sería, por casualidad, un hombre rubio, de pelo rizado?

—Exactamente, sí. Dijo que tenía que hablar urgentemente con la señorita Munford, y le hice pasar a la salita contigua a la peluquería...

—¿Dónde? —preguntó Harvey rápidamente.

La empleada señaló hacia una puerta medio oculta tras unos cortinajes. El hombre ya se alejaba cuando la joven le indicó:

—La tercera puerta a la derecha.

Cruzó el umbral, entrando en un amplio y largo corredor. Se encontraba aproximadamente a mitad del pasillo cuando se escuchó un estrépito de cristales rotos. Algo cayó al suelo con ruido metálico y una mujer lanzó un grito.

Harvey se detuvo.

La segunda puerta se abrió detrás de él. Se volvió a tiempo de ver una mujer que vestía guardapolvo blanco y salía despavorida de la habitación.

—¡Socorro, llamen al electricista... esa chica va a quedar electrocutada!

Harvey apartó a la peluquera de un empujón y se precipitó en la habitación.

Un cable eléctrico chisporroteaba en el suelo, arrojando destellos azules. Tumbado también en el suelo se veía un aparato secador eléctrico y una mujer cuya cabeza estaba, al parecer, aprisionada por el casco de reluciente metal.

La víctima era Maud Munford, y gritaba agudamente. Un hombre se movía a su alrededor, al parecer sin saber qué hacer y lleno de azoramiento. Era el de la cabeza rizada que poco antes venía guiando un auto “Dauphine”, en persecución de Harvey Murphy y Maud Munford.

El hombre pegó un brinco y echó a correr hacia la puerta, donde se encontró con Harvey, que le cerraba el paso.

El puño de este golpeó al desconocido en la barbilla, alcanzándoles con tal fuerza que le obligó a cruzar de nuevo la habitación andando hacia atrás, hasta enredarse con un aparato secador, con el que cayó al suelo ruidosamente.

Harvey corrió hacia el hilo chisporroteante, lo siguió hasta la pared y encontró el enchufe, que arrancó de un tirón.

Desenchufado el cable, dejó de crepitar, y el abogado corrió hacia Maud Munford. La muchacha se había desvanecido y Harvey pudo ver la

cabeza aprisionada en el casco de metal caliente.

La habitación se llenó de empleados de ambos sexos y clientes despavoridas, unas con rizadores en el pelo y otras con la cara embadurnada de crema. Dos hombres el ayudaron a quitarle el casco a la desvanecida muchacha, la cual apareció con una herida en la sien, que sangraba hacia la patilla y la mejilla.

En mitad de la confusión reinante, Harvey miró en torno, buscando al que creía autor de la fechoría. El hombre del cabello rizado se escabullía en este momento en dirección a la puerta.

—¡Detengan a ese hombre! ¡No le dejen escapar! —gritó.

Varias manos se tendieron hacia el fugitivo. Este propino un empujón a un individuo, y tiró al suelo a una mujer, y logró trasponer la puerta, pero se encontró ante el pasillo bloqueado por las empleada del establecimiento y las clientes que habían salido de las diversas secciones o llegaban desde la sala de espera.

Uno de los empleados atrapó al fugitivo por el cuello. Otro corrió en su ayuda.

Las mujeres chillaron, mientras los hombres forcejeaban.

—¡Déjenme, no tengo nada que ver en todo esto! —gritaba el sujeto del cabello rizado.

Finalmente dejó de luchar, aunque insistiendo en el error de quienes le sujetaban y le contemplaban con ojos acusadores.

—¡Una ambulancia! ¡Que llamen a una ambulancia! —gritó una voz.

Harvey estaba junto a Maud Munford cuando varias chicas uniformadas y un elegante caballero, muy nervioso, intentaban con poca fortuna levantarla del suelo.

—¡Pronto, un médico! —gemía el caballero vestido de negro, gesticulando—. Vamos a llevarla al saloncillo.

—Creo qué, si se apartan todos, terminaremos antes —dijo Harvey.

Se inclinó, tomó a Maud Munford en brazos y la levantó, transportándola a una coquetona salita contigua, donde la depositó en un diván.

Se inclinó sobre la muchacha, aplicando su oído al corazón de ella. La chica, evidentemente, solo estaba desvanecida. La herida de la sien, poco profunda, sangraba bastante. Una mano tendió un frasco de sales. Harvey se lo aplicó a la nariz.

Maud Munford hizo una mueca, se agitó y entreabrió los ojos.

En el primer momento no parecía recordar dónde se encontraba. Luego se asustó, pero se tranquilizó al reconocer a Murphy, que se inclinaba sobre ella.

—Soy yo —dijo Harvey—. ¿Se encuentra bien?

Ella se llevó una mano a la herida.

—No se toque eso —agregó, cogiéndole la mano—. No parece que sea

grave, solo es un rasguño. ¿Qué ocurrió?

—No lo sé. Estaba allí sacándome el pelo con la cabeza dentro de aquel chisme, cuando algo golpeó contra el aparato y me dio en la sien.

Una chica, la misma que Harvey había visto saliendo de la peluquería pegando gritos, explicó nerviosamente:

—Yo estaba de espaldas cuando cayeron los cristales de la ventana. Me volví y vi a la señorita que se ponía en pie. Al hacerlo se llevó consigo el aparato, perdió el equilibrio y cayó al suelo, volcando la silla... Entonces empezaron a salir chispazos del aparato y del cable... ella gritó... y yo también me asusté y grité.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo. El caballero de negro, al parecer el director o dueño de la casa, regañaba a la muchacha por su falta de atención. Harvey, mientras tanto, reflexionaba.

—¡Aquí llega el médico! —anunció una voz.

Entraron un doctor y una enfermera, vestidos de blanco. El médico traía colgando del cuello un estetoscopio, lo cual parecía indicar que llegaba de algún consultorio establecido en el mismo edificio. El doctor se hizo rápidamente cargo de la situación. En el instante que se inclinaba sobre Maud Munford, se escuchaba en la calle el aullido de una sirena.

—Miren, déjenme en paz. No tengo nada —dijo Maud, contestando a las preguntas del doctor.

—¿Me permite ver esa herida de la sien?

—No es nada, solo un rasguño.

—Un rasguño muy extraño, ciertamente —aseveró el médico—. ¿Con qué se produjo esa herida?

—No lo sé.

—Es curioso, parece una herida de bala.

¡Una herida de bala! Harvey Murphy sintió a modo de un campanillazo en algún oscuro rincón del subconsciente. Recordó al sujeto que se encontraba junto a la muchacha e intentó escapar cuando él llegó. ¿Fue este hombre quien intentó matarla?

El médico requería la colaboración de la enfermera para curar la herida de la joven. Harvey pasó del saloncillo a la habitación contigua, se dirigió al aparato, secador y se inclinó para examinarlo.

Acababa de terminar su inspección cuando llegaron dos policías uniformados, de los cuales uno era un sargento.

—Muy bien, ¿qué ha ocurrido aquí? —inquirió el sargento.

—Ha habido, un accidente —dijo uno de los empleados que tenían sujeto al hombre de los cabellos rizados.

—Exactamente fue un accidente —dijo uno de los empleados que tenían sujeto al hombre de los cabellos rizados.

—Exactamente fue un accidente —manifestó el apurado individuo del pelo rubio—. Yo me encontraba en el saloncillo contiguo cuando escuché

un ruido y entré aquí…

—No hubo tal accidente —dijo Harvey Murphy, desde el centro de la habitación—. ¿Quiere venir aquí, sargento?

El aludido se acercó. Harvey le señaló el casco metálico que había caído con su soporte al suelo.

—Vea este agujero, sargento. Lo hizo una bala que atravesó el casco e hirió a la señorita Munford en la cabeza. La herida, al parecer, carece de importancia, pera una desviación de un milímetro pudo haberla matado.

El sargento se inclinó para examinar el aparato.

—¿Un intento de asesinato, eh? —murmuró enderezándose. Y miró severamente a Murphy—. ¿Quién fue el que disparó?

Harvey señaló al hombre del pelo rizado.

—¡Ustedes están locos! —chilló el aludido—. Yo me encontraba en la habitación de al lado cuando oí ruido y me asomé para ver qué ocurría. Vi a la muchacha en el suelo y entré para socorrerla.

—Si solo se proponía socorrerla, ¿por qué intentó escapar después? —inquirió Harvey.

El sargento cruzó la habitación hasta donde el hombre del pelo rizado era sujetado por los empleados del establecimiento.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Homer Smith. Soy detective particular.

El sargento hizo una seña al agente que le acompañaba.

—Regístrale.

El detenido no se resistió al registro. El policía le incautó una pistola automática que aquel llevaba en una funda especial, bajo el sobaco. El sargento cogió la pistola y olfateó el cañón. Haciendo una mueca de extrañeza, miró a Harvey.

—¿Está usted seguro de que fue este el hombre que disparó contra esa señorita?

—No puedo decir que le viera, esa es la verdad. Lo que sí aseguro, porque le vi, es que este individuo estaba vigilando mi casa, apostado en la acera de enfrente, y nos siguió en su auto hasta aquí, cuando la señorita Munford vino a arreglarse el pelo.

—Pues si fue él quien disparó, al menos no lo hizo con esta pistola. El arma está limpia y no huele a pólvora. ¿Quiere comprobarlo por usted mismo?

Harvey quedó pensativo unos segundos, sin tomar la automática que el sargento le presentaba en la mano. En este momento se escuchaba en la calle el prolongado alarido de una sirena. El abogado miró hacia la ventana. Uno de los cristales de esta había saltado en pedazos, y parte de los fragmentos del vidrio estaban esparcidos por el suelo.

—¡Oh, espere! —exclamó—. Puede que disparara con otra arma que luego arrojó por la ventana. Recuerdo haber oído ruido de cristales rotos

cuando llegaba por el pasillo.

El sargento miró hacia la ventana. Homer Smith protestó:

—¿Qué dice este hombre? Los cristales saltaron cuando yo todavía me encontraba en la habitación contigua. ¡Fue ese el ruido que me atrajo aquí, demonio!

El sargento dijo, sacando un par de brillantes esposas del bolsillo trasero:

—Queda usted detenido, Smith. Todo eso se lo explicará usted al capitán Stern, en la estación de Policía.

Smith protestó indignadamente contra lo que según él era un atropello. Los agentes le sacaron a empujones de la habitación.

Los gritos y las amenazas del detective se perdían por el pasillo cuando Harvey se acercó a la ventana y miró a través del hueco dejado por la rotura de los cristales al edificio que se levantaba al otro lado de la calle.

Lo primero que advirtió fue que el edificio de enfrente era más bajo y que la azotea del mismo quedaba exactamente a la altura de la planta donde estaba emplazado el salón de belleza.

Harvey miró al suelo, fijándose especialmente en los fragmentos de cristal. Calculó que un ochenta por ciento de los vidrios rotos estaban del lado interior de la habitación y descubrió pequeñas astillas de cristal pulverizado hasta a dos metros de distancia de la ventana, en la alfombra del centro del salón.

Aunque no era un perito en la materia y no podía aceptarse el hecho como prueba concluyente, Harvey se dijo que las señales bien podían significar una cosa. Smith había dicho la verdad. El hombre se encontraba en la salita contigua a la peluquería cuando saltaron los cristales de la ventana, porque la bala dirigida contra Maud Munford fue disparada desde la azotea del edificio de enfrente y llegó a través de la calle, atravesando y rompiendo los cristales de fuera adentro.

Repentinamente, Harvey dio media vuelta y se apartó de la ventana, marchando en dirección a la puerta. En el corredor se encontró con los camilleros que llegaban de la ambulancia.

Minutos más tarde, cruzaba la calle por el paso de peatones y se dirigía rápidamente al edificio que se levantaba frente al instituto de belleza.

CAPÍTULO VI

La habitación de Maud Munford en el hospital se encontraba al final del pasillo, pero aun sin estas señas, Harvey habría sabido cuál era, por los dos policías uniformados que montaban guardia ante la puerta. Se presentó a los agentes:

—Mi nombre es Murphy. Soy el abogado de la señorita Munford.

Uno de los policías asintió, entreabrió la puerta y metió la cabeza en la habitación, anunciando:

—Aquí hay un hombre que dice ser el abogado de la señorita Munford.

La voz del capitán Stern llegó hasta Harvey:

—¿Murphy? Háganle pasar.

Entró en la habitación. Maud Munford estaba echada en la cama, recostada contra los almohadones, completamente vestida y con una venda ligeramente ensangrentada alrededor de la cabeza. La rodeaban el capitán Stern, el sargento de detectives Hobble, y dos policías más que Custodiaban a Homer Smith.

En un rincón, encogida y como temerosa en un sillón, se encontraba la joven peluquera, testigo del accidente del salón de belleza.

—Hola, Murphy —dijo Stern—. Parece que su cliente no hace sino salir de un lío para meterse en otro, ¿eh? Llega usted en el momento justo. Precisamente me disponía a interrogar a la señorita Munford.

Harvey se acercó a la cama donde Maud estaba recostada contra los almohadones.

—¿Qué tal, cómo se encuentra?

—Perfectamente. Yo me negaba a que me trajeran al hospital, pero no quisieron escucharme. Lo único que quiero ahora es que me saque de aquí.

—No tan aprisa, señorita Munford. Antes tendrá que contestar usted algunas preguntas —advirtió Stern.

Harvey se volvió hacia el policía.

—¿Por qué no me pregunta a mí? Posiblemente, yo sepa del asunto más que la señorita Munford.

—¿Usted?

—Estuve haciendo algunas comprobaciones. La bala que atravesó aquel casco e hirió a la señorita, llegó de afuera, desde el otro lado de la calle. El asesino debió apostarse en la azotea del edificio de enfrente, probablemente armado de un rifle de largo alcance con mira telescópica.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió Stern incisivamente.

—No lo sé. Simplemente, lo supongo. Sabemos que Smith estaba armado, pero su pistola no había sido disparada. Mi teoría sobre si pudo

disparar con otra arma, que después arrojó por la ventana, era indudablemente equivocada.

—¡A buena hora lo dice usted! —exclamó el indignado Smith—. Yo desgañitándome proclamando mi inocencia, y ustedes sin querer escucharme...

—Cállese, Smith —le atajó Stern autoritariamente—. De todos modos, hay algunas cosas a las que usted tendrá que contestar. ¿Decía usted, Murphy?...

—Vi que había fragmentos de cristal pulverizado, muy lejos de la ventana, casi en medio de la habitación. Eso me sugirió la idea de un proyectil de alta velocidad atravesando el cristal de fuera adentro. Miré por la ventana y vi que el edificio de enfrente tenía la azotea al nivel del piso dónde está la peluquería. Me tomé la molestia de bajar a la calle, subir a la terraza de aquel edificio y comprobar que había un lugar desde el cuál era perfectamente visible el interior de la habitación donde la señorita se encontraba, al efectuarse el disparo.

—¿Quiere decir que el disparo que hirió a la señorita Munford fue hecho desde allí?

—Eso creo.

Stern se acarició pensativamente la barbilla.

—Por supuesto, efectuaremos la debida comprobación —dijo a continuación, levantando los ojos—. El informe facultativo sobre el estado de esta joven es francamente favorable. Puede sacarla de aquí, aunque mi consejo es que no abandone la ciudad. Tal vez la necesitemos para ulteriores declaraciones.

Apenas había pronunciado Stern estas palabras, cuando ya Maud estaba incorporándose y echando los pies al suelo.

Homer Smith dijo, adelantando sus muñecas esposadas:

—Espero que ahora me quitarán estas esposas y me permitirán marchar también.

Stern le clavó sus agudas pupilas.

—Todavía no he terminado con usted, Smith. ¿Qué hacía siguiendo a la señorita Munford hasta aquella peluquería? O dicho de otra manera, ¿qué pretendía, espiándola de tan descarada forma?

Smith dio muestras de inseguridad al contestar:

—Verá. Soy detective particular...

—Eso, al menos, es lo que dice en su licencia. Contésteme a esta pregunta. ¿Por cuenta de quién hacía objeto de persecución a la señorita Munford?

—Esta vez trabajo por cuenta propia, capitán. Se lo aseguro. Había leído en los periódicos todo lo relativo al asunto de las joyas desaparecidas. No tenía otra ocupación, por el momento, y pensé que nada perdía tratando de ganar la recompensa que se ofrece por el rescate de la

colección.

—¿No era más que eso?

—¡Seguro, capitán!

Stern hizo una mueca en dirección al sargento.

—Quítele las esposas, Hobble.

Mientras el aludido abría el candado de las esposas, Stern decía, encarándose con Murphy:

—También pueden marcharse ustedes, si lo desean.

Minutos después, Harvey acompañaba a la muchacha hasta su automóvil.

Hasta que él hubo puesto el auto en marcha y traspusieron las verjas del hospital, ninguno de los dos pronunció palabra.

—¡Vaya, menos mal que me sacó de allí! —suspiró Maud—. Detesto los lugares cerrados. Me daba la impresión de haber vuelto a la cárcel.

—Ya puede asegurar que tuvo suerte. Al menos por esta vez, se ha librado.

—¿De la cárcel quiere decir?

—No sea tonta —gruñó Harvey, malhumorado—. Estuvo en poco que el asesino apostado en aquella azotea no la matara. Por eso dije que había tenido usted mucha suerte.

Maud Munford guardó silencio. Luego se estremeció, frotándose los brazos como erizada. Harvey lo advirtió, pero nada dijo. Esperó a que ella hablara:

—¿Quién se figura que pudo ser? ¿Cooper, tal vez?

—No es probable. Cooper y su amigo deben estar todavía detenidos. Además, ¿por qué había de querer asesinarla Cooper? Si usted hubiese muerto esta tarde, el conocimiento del lugar secreto donde se esconden las joyas se habría marchado con usted a la tumba, y probablemente nadie las hubiera encontrado jamás. ¿No aspira Cooper a participar del botín? Pues entonces es absurdo que él quisiera matarla.

—Verdaderamente, no sé qué pensar. Creo que empiezo a sentirme asustada.

—Lo celebro.

—¿Cómo dice?

—Espero que acabará dándose cuenta del grave riesgo a que se expone, y entonces tal vez se decida a devolver las joyas.

Ella giró con vivacidad los ojos.

—¡Oh, no! Está usted fresco si cree que van a obligarme a devolver esas piedras, ni con amenazas ni con buenos consejos. Yo sé lo que debo hacer, amigo.

—Así, pues, usted no necesita los servicios de un abogado —repuso Murphy secamente, molesto no tanto por la obstinación de ella como por su desenfadado descaro y su forma de hablar, peculiar de las gentes de los

bajos fondos.

Maud no contestó y Harvey prosiguió incisivamente:

—Tal vez le fuera mejor contratar a una cuadrilla de pistoleros para que le guardaran las espaldas.

—¿Podría hacerlo?

Harvey se volvió a mirarla con el ceño fruncido. Maud echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¡Jefe de una cuadrilla de pistoleros! —exclamó, sin dejar de reír a carcajadas—. ¡Vaya si es una buena idea! ¡Me convertiría en la mujer más peligrosa y temida de los Estados Unidos! ¡La enemiga pública número uno, Maud Munford! Mis enemigos se echarían a templar y entonces realizaría mi venganza...

Maud puso gesto feroz, mientras que entre sus manos simulaba retorcer algún cuello imaginario.

Soltó otra carcajada, crispada e hiriente como un chirrido de frenos.

Harvey retiró el pie del acelerador, volviéndose hacia ella.

—¡Ya basta! —rugió, echando lumbre por los ojos.

La joven dejó de reír y le contempló, entre burlona y curiosa.

—¿Qué bicho le ha picado, compadre?

—No tiene ninguna gracia —barbotó Harvey—. ¡Y no me llame compadre!

—¡Caramba, pues no es usted susceptible, que digamos! ¿En qué le he ofendido?

—En primer lugar, no soy Su compadre. En segundo lugar, me da un puntapié en la espinilla verla hacer gala de unos modales y un vocabulario que probablemente no son los suyos naturales. Ha permanecido usted varios años en la cárcel, y se siente resentida y amargada, lo sé. Eso, no obstante, no es razón para creerse llamada a imitar las maneras de una mujerzuela cualquiera como las que conoció en el penal. Usted no era así cuando la condenaron, estoy completamente seguro. Y creo que en el fondo continúa siendo la misma chica ingenua y tonta de antes, aunque ahora trata de disimularlo, adoptando los ademanes de una mujer terrible.

El coche, después de recorrer una corta distancia por el impulso que llevaba, se había detenido junto al bordillo de la acera que rodeaba un pequeño parque. Las últimas luces del día agonizaban entre los jirones de la niebla que ascendía desde la bahía.

Había escasa luz en el interior del auto, pero aun así le fue posible a Harvey ver la palidez del rostro de la muchacha. Brillaban las azules pupilas de Maud y en sus rojos labios se dibujaba una mueca amarga. Ella apartó sus ojos y dijo:

—Tal vez deba sentirme agradecida, por pensar de mí que soy una chica buena, aunque algo tonta.

Harvey no contestó enseguida. Ella miraba al parque y por espacio de

un minuto, el hombre la estuvo observando.

Quizá no fuera hermosa, se dijo. En especial, mirada de perfil. Pero a él le gustaba. Había fuerza, nobleza y honradez en sus rasgos.

—Dígame una cosa, Maud. ¿Lloró mucho allá en la prisión?

Harvey advirtió el repentino envaramiento de los músculos de la muchacha. Ella volvió la cabeza y le miró.

—Sí, lloré una vez el día que me condenaron y me trasladaron a la prisión de mujeres, pero solo esa noche. Cuando, poco después del amanecer, sonó la campana, y despertaron las reclusas y cobró movimiento interior el presidio, comprendí que la cosa no tenía remedio y que aquel era el primero de una larga sucesión de días exactamente iguales, que tendría que vivir entre muros y rejas, tanto si me resignaba con mi suerte, como si me declaraba en rebeldía. Esa fue la única vez que lloré.

—Sin duda, en aquel momento demostró poseer usted buen sentido común. Pero acaso hubiera sido preferible que de vez en cuando llorara un poco.

—¿Para qué? Los muros de una prisión no se diluyen en lágrimas, ni estas conmueven a las celadoras, ni son vistas con simpatía por las mujeres que viven allí. Una tiene que ser como las demás… hablar como ellas y sentirse una más entre ellas, o de lo contrario la vida le resultaría imposible.

—De todos modos, Maud, usted no es una de ellas. Y ahora no está en la prisión. Ya no está rodeada de celadoras insensibles ni de reclusas que se burlarían de usted y de sus lágrimas…

—¿Me está invitando para que me eche a llorar? —inquirió la joven con ironía.

—Solo le recuerdo que no hay nada que le impida hacerlo, si es que siente deseos de ello.

—Se equivoca usted conmigo, picapleitos. En modo algunos siento ganas de llorar. Estoy en libertad y tengo un millón de dólares en joyas y platino para darme la gran vida, de aquí en adelante.

—Respecto a eso…

—Sí, ya sé lo que va a decirme —le interrumpió ella—. Si me cogen con las joyas, voy a parar de nuevo a la cárcel. De acuerdo, correré el riesgo.

—¿Cree que vale la pena?

—He convivido en la prisión con fulanas que estaban allí por haberse llevado un cubierto de plata de la casa donde servían. Como abogado, usted debe saber que, en asunto de robar, la pena que puede corresponderle a una no está en proporción al monto de lo robado. Es el delito en sí lo que cuenta, indiferentemente del valor de la cosa. Por cuatro mil ochocientos cincuenta dólares, yo no volvería a la prisión. Pero un millón de dólares es mucho dinero. Y creo que vale la pena arriesgarse por

él.

Maud hizo una pausa y luego agregó:

—Naturalmente, no le estoy sugiriendo que acepte ese riesgo conmigo. Déjeme, si no quiere usted ayudarme.

—No la ayudo por el asunto de las joyas, señorita Munford. Si todavía estoy con usted, es solamente porque trato de demostrar que fue realmente inocente del desfalco que la llevó a prisión. He revisado el caso, y temo que mi padre no estuviera en aquella ocasión a la altura que las circunstancias requerían. Tal vez nosotros seamos culpables, en parte, de la injusticia que se cometió con usted. Si fue así, deseo reparar la falta de mi progenitor, ayudándole a demostrar su inocencia. Después de esto, puede usted hacer lo que le dé la garla en el asunto de las joyas. Y ahora, ¿quiere que vayamos a ver a ese antiguo compañero suyo de oficina?

Maud Munford no contestó. Harvey pisó de nuevo el acelerador, poniendo el coche en marcha.

El parque iba quedando atrás cuando Maud habló y dijo:

—Respecto a ese asunto, estoy pensando que quizá no merezca la pena.

—Pues no pensaba así esta mañana. ¿O es que le teme a la verdad y solo pretendía vengarse de su antiguo jefe, asustándole con amenazas?

—¡Oiga usted! —rugió Maud, entre sus dientes apretados—. Es tan cierto que fui inocente como que hay cielo. ¿Qué se figura?

Harvey no contestó. Hasta que cruzaron el puente de Oakland y entraron en el populoso barrio, los dos observaron enfurruñado silencio.

—Tire por esa calle —indicó Maud secamente—. Y después a la derecha. La casa de Lee es aquella rodeada de robles.

Harvey vio las luces de una casa brillando entre las ramas bajas de media docena de añosos robles.

La mansión, según Harvey pudo aquilatar mientras cruzaban el césped en dirección a ella, era espaciosa y conservaba intacto el sello de distinción característico de las edificaciones de fines de siglo. Probablemente, en otros tiempos había poseído un terreno mayor, pero aun ahora el espacio que la rodeaba habría bastado para levantar otras tres o cuatro casas pequeñas de estilo moderno, iguales a las que formaban el resto del barrio.

Harvey tiró con energía de la cadena que hizo sonar una campanilla dentro de la casa.

Después de breve espera, se encendió la luz del exterior y un hombre en mangas de camisa vino a abrir la puerta. Miró primero a Murphy. Luego se sobresaltó visiblemente al reconocer a Maud Munford.

—Hola, Henry —saludó la joven con frialdad.

Lee parpadeó. Era un hombrecillo delgado y de pequeña estatura, de cejas muy pobladas y pronunciada calva para su edad.

—Ho... hola, Maud —tartamudeó Lee.

—¿Podemos pasar? —preguntó Harvey—. Soy Murphy, el abogado de

la señorita Munford.

—¿Qué quieren ustedes? —inquirió Lee con rapidez, evidentemente asustado.

—Solamente charlar un rato con usted. Claro que si está solo y lo prefiere, podemos salir en mi auto y comer juntos en cualquier restaurante.

—Yo… bueno, no estoy solo. Soy casado, tengo… mujer y un niño pequeño. Lo siento, no puedo salir. Otra tarde quizá…

—Entonces, charlaremos aquí mismo. No le vamos a entretener mucho rato.

Mientras así decía, Harvey empujaba suave, pero enérgicamente la puerta. Lee no debió encontrar en sí mismo energía suficiente para oponerse a la intrusión de la pareja.

Se vieron en un vestíbulo de reducidas dimensiones, del cual arrancaba la escalera que conducía a la segunda planta. Una puerta a la derecha llevaba a la cocina. Otra, a la izquierda, comunicaba con una espacioso “living”, en el cual había funcionando un receptor de televisión.

Los muebles del “living” eran modernos y de buena calidad, lo que hacía pensar que habían sido adquiridos recientemente para reemplazar a los viejos muebles originales de la casa.

—¿Quién era, Henry? —preguntó una voz de mujer, desde la cocina.

—Son unos viejos amigos, Anne. Voy a llevarlos arriba a mí estudio.

Una mujer joven y no mal parecida salió de la cocina y quedóse mirando, sorprendida, a los visitantes. Lee dijo entre dientes:

—El señor Murphy, abogado. La señorita Munford, una… una antigua compañera de trabajo. Maud, esta es mi esposa.

No hubieron ni apretones de mano ni frases de cumplido. La señora Lee clavó en Maud Munford una mirada cargada de hostilidad. Evidentemente la conocía, siquiera fuese de nombre o a través de las fotografías de la ex penada, recientemente aparecidas en los periódicos.

—¿Qué quieren, Lee? —preguntó la mujer, sin apartar sus ojos de la joven.

—No tema, señora Lee. Solo pretendemos hablar unos minutos con su marido —dijo Harvey.

—No les temo —repuso ácidamente la mujer—. Pero preferiría que se marcharan ahora mismo. Somos personas decentes. No nos relacionamos con buscapleitos y delincuentes.

Los bellos ojos de Maud Munford brillaron agresivamente.

—Anne, por favor —gimió el apurado Lee. Y tomó a Maud por el brazo, arrastrándola hacia la escalera.

La primera puerta, arriba en el corredor, era la de una habitación de regulares dimensiones, amueblada con sencillez y buen gusto. Determinados detalles en la decoración evidenciaban que allí había intervenido la mano de un profesional. Los muebles eran de buena calidad.

Las paredes estaban ocupadas casi en su totalidad por grandes cajas extraplanas, colgadas a manera de cuadros, detrás de cuyos cristales se veían clavadas con alfileres gran cantidad y variedad de hermosas mariposas. Varios catálogos ricamente impresos se advertían abiertos en una mesa.

—¿Colecciona usted mariposas? —preguntó Harvey, parándose ante un cuadro.

—Es mi pasatiempo favorito, sí.

—Pues es una afición bastante cara, según tengo entendido. La mayoría de los ejemplares que usted tiene coleccionados pertenecen a especies exóticas; África, Borneo, Indonesia… ¿Viajó usted tan lejos para capturar todos estos ejemplares?

—Por supuesto que no —Lee carraspeó—. Son comprados, naturalmente.

Harvey empezó a pasear por la habitación, admirando los muebles y los detalles de la decoración.

—Tiene usted una bonita casa, señor Lee. ¿Es suya?

—Sí. Bueno, digo… no del todo. La compré hace un par de años, y la voy pagando a plazos.

—¿También los muebles?

Harvey se volvió a mirar a Lee. El cual fruncía los labios, adoptando una actitud visiblemente cautelosa.

El abogado se echó a reír.

—En fin, usted dirá que estas cosas no me importan. No le haremos más preguntas indiscretas.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó Lee secamente.

—¿Quiere decir por qué estamos aquí?

—Sí.

Harvey tomó asiento en el brazo de un sillón.

—Seré franco con usted, Lee. Deseamos que nos preste su ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Para qué?

—Para demostrar que la señorita Munford no se apoderó de aquel dinero. Usted acaso piense que es una tontería, pero…

—No puedo ayudarles en eso. No sabría cómo hacerlo.

—Si no recuerdo mal, usted fue llamado a comparecer como testigo en la vista de la causa contra la señorita Munford. Naturalmente, prestó juramento.

—Sí —afirmó Lee recelosamente.

—¿Sabe que el perjurio está severamente castigado por las leyes de este país?

—¿Por qué dice eso? —preguntó Lee, palideciendo.

—Porque creo que usted no dijo la verdad. Maud Munford no cometió aquel desfalco.

—Yo no dije que lo hiciera.

—Pero ocultó que sabía quién lo hizo. Claro que usted no podía denunciar al señor Hallen, sin comprometerse a sí mismo. Porque su patrón no poseía conocimientos suficientes para modificar los asientos da los libros, y él le encargó que lo hiciera usted.

—¡No, eso no es cierto! —saltó Lee con la faz lívida.

—¿Cuál fue el premio, señor Lee? ¿Le permitió Hallen quedarse con los cuatro mil ochocientos cincuenta dólares?

—¡Usted está loco! ¡No sé siquiera de qué me habla!

—Claro está que lo sabe, amigo. Y es evidente, por demás, que la ruina de la señorita Munford le convenía. Cuando ella fue arrestada, usted pasó a ocupar su puesto. Conozco a los tipos como usted. Habría sido capaz de enviar a la cárcel a Maud solo por sustituirla en el empleo que usted ambicionaba.

—¡No, eso no es cierto! —negó Lee, temblando de pies a cabeza. Meneó enérgicamente la cabeza—. ¡No es verdad! ¡Yo nada tuve que ver en el asunto!

—¿Cree, entonces, que Maud Munford llevó efectivamente a cabo ese desfalco?

—¡No! Es decir —se corrigió Lee rápidamente—, no lo sé. Éramos buenos amigos, Pregúntele a ella.

—Claro que éramos buenos amigos, Henry —dijo Maud sarcásticamente—. Hasta que te declaraste a mí y te di calabazas. Las cosas ya no fueron igual en adelante. Recuerdo el día del juicio, cuando estabas sentado en el banco de los testigos. Tu rostro irradiaba satisfacción, y tus ojos brillaban como diciendo: “Este es un gran día para mí”. No cabe duda de que te alegrabas de verme metida en un mal paso. Las cosas, al fin, sucedieron como tú y Hallen proyectasteis. Me llevaron a la cárcel. ¡Pero ya salí, Lee! Y ahora me ha llegado a mí la vez de ajustaros cuentas. ¡Tú falsificaste los asientos de los libros!

—¡No! —gimió Lee, temblando como una hoja—. ¡Yo no lo hice!

La puerta de la habitación se abrió desde fuera con violencia, y encuadrada en ella apareció la figura de la señora Lee.

La mujer miró con odio a Maud, y luego a Harvey.

—Ya basta —dijo secamente—. No permitiré que sigan torturando a mí marido. Salgan inmediatamente de esta casa, o voy a llamar a la policía.

—No será necesario, señora Lee. Ya nos vamos —dijo Harvey, abandonando el brazo del sillón y poniéndose en pie.

Minutos después, los dos cruzaban la puerta de la calle, ante la severa inspección de la mujer.

—¿Qué piensa de Lee, ahora que le ha visto? —preguntó Maud Munford, cuando Harvey tomaba el volante del auto.

—Es exactamente la clase de individuo que imaginaba. ¿Por qué no me

dijo que él la había pretendido? Desde luego, es un tipo muy capaz de hacer una cosa sucia. Será interesante averiguar cómo pudo comprar una casa tan grande y amueblarla con todo ese lujo.

CAPÍTULO VII

Harvey Murphy se detuvo al llegar a la calle, mirando en dirección a un auto negro estacionado a unos metros de distancia más abajo del portal. Dos hombres estaban de pie en la acera, fumando y charlando en voz baja junto al coche.

Sacando su pitillera, Harvey se movió resueltamente en dirección a los dos hombres.

—¿Me dan lumbre, por favor?

Le miraron con recelo. Finalmente, uno de ellos sacó un encendedor y le alargó fuego.

El abogado inquirió, tras aspirar el humo de su cigarrillo:

—¿Son ustedes policías?

—Tal vez. ¿Qué quiere? —contestó el del encendedor.

—Me llamo Harvey Murphy. Soy abogado. Creo que me sentiría más tranquilo si supiera que van a quedarse ustedes aquí toda la noche vigilando la casa.

Ellos cruzaron entre sí una mirada de perplejidad. Luego:

—Puede irse a dormir tranquilo, señor Murphy —dijo uno—. No nos moveremos de aquí. ¿Quiere saber algo más?

—Eso era todo, gracias.

Harvey regresó a su automóvil. Poco después cruzaba de nuevo la bahía sobre el gran puente colgante, en dirección a la ciudad.

Comió en un restaurante céntrico. Mientras lo hacía, su pensamiento volvía una y otra vez sobre la misma inquietante pregunta. ¿Quién había querido matar a Maud Munford? ¿Y por qué?

Imposible que fuera Hallen. Las amenazas de Maud Munford no lograrían asustar a este hombre, que había fraguado la perdición de su empleada con fría y calculada premeditación. Hallen estaría seguro, mientras Lee no confesara. Y Lee no confesaría, pues hacerlo equivaldría a declarar contra sí mismo y admitir su complicidad.

Los dos fracasados intentos de asesinato contra Maud debían tener una razón más profunda y oculta. Después de lo ocurrido aquella tarde, Harvey estaba seguro que el atropello del auto había sido igualmente intencionado.

Alguien estaba tratando de quitar a la muchacha de en medio.

Pero no podía comprender el porqué.

¿Tendría todo esto alguna relación con el asesinato de Gertrude Dobbs, en la prisión de mujeres?

Sabía muy poco del caso Blanchet, pero había llegado el momento de

investigar a fondo el asunto.

Poco después, salía del restaurante y tomaba de nuevo su auto hasta la Redacción del “San Francisco News”. Tenía un amigó allí, y preguntó por él.

John Friggens, el amigo de Harvey, acudió en respuesta a la llamada telefónica del portero. El joven le explicó el asunto. Deseaba echar un vistazo a los periódicos de varios años atrás y conocer todo lo relativo al caso Blanchet.

—Claro que no hay inconveniente —dijo Friggens—. Sígueme.

Harvey fue conducido hasta una destartalada sala en la que se veía una larga mesa de pino, varias sillas y largos estantes donde se alineaban los grandes y pesados tomos de periódicos reunidos y encuadernados por meses, con especificación del año en el lomo.

Después de localizar los tomos que tenían archivados los periódicos objeto del interés de su amigo, el periodista se excusó alegando tener trabajo, y Harvey quedó solo en la destartalada habitación, con su polvorienta bombilla colgando del techo, difundiendo una luz amarillenta y pobre.

Se alegró de quedarse solo. A los pocos minutos estaba enfrascado en la lectura, sin acordarse del cigarrillo que se consumía entre sus dedos.

Desbrozado el asunto de toda la literatura periodística, el caso quedaba resumido de la siguiente manera.

Para alcanzar las joyas, que se encontraban en el estante bajo de una caja fuerte empotrada, provista de señales de alarma a prueba contra ladrones, los cacos practicaron un túnel desde una tienda situada a espaldas de la joyería. La tienda pertenecía a una tal señora Schufeldt, y se encontraba cerrada desde un mes antes, por quiebra del negocio. La señora Schufeldt había regresado a su pueblo, donde se hallaba por las fechas en que se perpetró el robo.

Los ladrones obtuvieron una llave maestra, y, noche tras noche, por espacio de dos semanas, quizá, fueron a la tienda para trabajar silenciosa y laboriosamente en el túnel.

Varios vecinos de la calle donde caía la puerta principal de la tienda, aseguraron más tarde haber visto un automóvil que llegaba todas las noches aproximadamente a la misma hora, y se estacionaba en el callejón a cierta distancia de la tienda. Tres hombres y una mujer fueron vistos en diversas ocasiones, aunque no había acuerdo unánime en este punto y algunos aseguraban haber visto solamente dos hombres y una mujer.

El túnel que los ladrones practicaron iba a parar exactamente debajo de la caja fuerte. Esta estaba empotrada y rodeada de un muro de hormigón armado de tres pies de espesor. Los cacos, al final del túnel, se encontraron con el hormigón y las varillas de acero que también revestían la caja por debajo. Utilizando taladros y sierras fueron escarbando en el hormigón y

cortando las varillas. En ningún momento emplearon explosivos.

Horadando la capa de hormigón bajo la caja acorazada, abrieron un agujero en el acero de la caja propiamente dicha, utilizando un soplete. Naturalmente, todo lo que alcanzaron por aquel orificio fue introducir el brazo. No obstante, fue suficiente, pues en el estante bajo de la caja estaban las joyas de la colección Blanchet.

Para alcanzar los demás estantes, los ladrones habrían tenido que desmontar uno a uno el fondo de acero de los mismos, lo cual solo habrían podido hacer con varios días más de trabajo.

Pero los ladrones se contentaron con la colección Blanchet y huyeron con ella. La suerte que les había acompañado hasta entonces, les abandonó tan pronto tuvieron las joyas en sus manos. Existía, en efecto, una leyenda que aseguraba que aquellas piezas atraían la mala suerte sobre el que las poseía.

Un policía de servicio en la calle les descubrió cuando salían de la tienda. Sabiendo que la tienda estaba cerrada por el momento, el agente les dio el alto. Los ladrones abrieron fuego contra el policía. Este cayó mortalmente herido, no obstante lo cual todavía alcanzó con un disparo a uno de los cacos. Este resultó ser John Watson, alias “Mutter”.

El segundo ladrón, Dobbs, consiguió huir en el automóvil que le esperaba en el callejón. Pero la policía relacionó pronto a “Mutter” con Dobbs, y fue a buscar a este último, que, asustado como estaba, ofreció resistencia, pistola en mano. Los detectives le acribillaron a balazos y luego arrestaron a la señora Dobbs.

Posteriormente, al ser juzgada, varios testigos identificaron a Gertrude Dobbs como la mujer que acompañaba a los bandidos en el misterioso auto. Gertrude fue declarada culpable y condenada. Nunca confesó dónde estaban escondidas las joyas, hasta que, en trance de morir, le confió el secreto a Maud Munford, su compañera de celda.

La existencia de un “tercer hombre” fue largamente debatida, sin que la policía pudiera llegar a la evidencia de qué participó en el asalto.

De codos sobre las páginas del periódico, Harvey quedó estático, con la mirada perdida en el vacío. Así le sorprendió Friggens cuando fue a buscarle, media hora más tarde.

—¡Hola, amiguito! —exclamó el periodista—. ¿De modo que todavía estás aquí? Me alegro de encontrarte. Dime qué entiendes por ley de la reciprocidad.

El abogado le miró, sin comprender. Advirtió que Friggens venía con la gabardina completamente empapada de lluvia, los cabellos mojados y el sombrero, hecho una verdadera sopa, en la mano.

—¿Está lloviendo? —preguntó Harvey.

—¡Sí, está lloviendo a cántaros! chilló Friggens—. ¡Y, yo he tenido que salir a la calle con este tiempo infernal para ganarme los garbanzos, y

lograr un artículo que podría haber hecho cómodamente sin salir de este cuarto! ¿Por qué no me dijiste una palabra de lo que había ocurrido esta tarde?

—¿Qué ocurrió?

—Que estuvieron a punto de matar de un tiro a esa muchacha protegida tuya. ¡Y tú estabas en el lío, y ni siquiera lo mencionaste, mal amigo!

—Lo siento, John. La verdad, no me acordé...

—¡Bien te acordaste de que tenías un amigo en este periódico cuando viniste a consultar el archivo! ¿Por qué no pensaste que me gustaría recibir un pequeño favor en compensación, y recoger de primera mano un relato de lo ocurrido?

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¡Ya nada, maldición! Todo el mundo llegó antes que yo. Allí no quedaba nada, solo migajas. ¡Bah!

Harvey reflexionó en silencio mientras su compañero retorcía el sombrero, sacándole el agua.

—Apuesto a que no lo sabes todo, John.

—¿Qué?

—Tú sabes que la policía, los detectives de la compañía que aseguró las joyas, y no sé cuánta gente más, andan detrás de esas chica, esperando que ella les conduzca en cualquier momento hasta el escondrijo de las piedras. Pues bueno, ella tiene, en efecto, las joyas... solo que estas son falsas.

—¿Cómo? —exclamó Friggens, pegando un respingo—. Espera, Harvey. Repite eso, ¿dices que las joyas?...

—Son falsas. Siempre lo fueron. Lo que Dobbs y Mutter se llevaron no era la colección Blanchet, sino un montón de pedrería falsa de imitación que había en el estante bajo de la caja acorazada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has visto esas joyas?

—No. Pero son falsas, John, estoy seguro. Tiene que ser así, o de lo contrario no habría explicación para la muerte de Gertrude Dobbs y los dos fracasados intentos de asesinato contra Maud Munford. Alguien está demostrando un extraordinario interés por quitar a esa chica de en medio. Sin embargo, el asesino no tiene nada personal contra ella. Lo único que pretende es impedir que Maud conduzca a la policía o a los detectives de la compañía de seguros hasta el escondrijo de las joyas, pues entonces se descubriría que estas no son las auténticas, y el verdadero ladrón quedaría en evidencia. Fue por eso por lo que mataron a Gertrude Dobbs. La mujer estaba a punto de salir. Pronto estaría en libertad y, como era lógico, intentaría rescatar las joyas que ella misma escondió en algún lugar. Tanto si la Dobbs intentaba vender las joyas, como si la policía la sorprendía en el momento de poner las manos sobre el botín, la superchería se descubriría, y los dueños de la joyería...

—¡Entonces, fueron ellos! —exclamó Friggens, interrumpiéndole.

—Te dejo en libertad para que saques tus propias deducciones, John. Y si quieres salir con ellas en el periódico, no me opondré, aunque lo más seguro es que no te atreverás a hacerlo.

Harvey se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—¡Vaya una información la tuya, amigo! —exclamó Friggens sarcásticamente—. Más valiera que no me hubieras hablado de una cosa que no puedo publicar. ¿Quieres que me demanden por injuria, maldición?

Harvey salió, encogiéndose de hombros.

En la portería se detuvo para pedir la guía telefónica al hombre encargado de la centralilla. Después de hojear la lista de teléfonos, el dedo de Harvey recorrió una columna de nombres hasta que se detuvo en uno determinado: “Broding Carvey M.”.

Anotó la dirección en su cuaderno, devolvió la guía y se lanzó a la calle.

Llovía torrencialmente cuando asomó. Después de detenerse en el portal para subirse el cuello del sobretodo y atacarse el sombrero hasta las cejas, Harvey corrió bajo la lluvia hasta su automóvil.

Mientras conducía el auto hacia la parte alta de la ciudad, los truenos retumbaban sobre su cabeza y los relámpagos y los rayos agrietaban la oscuridad del cielo con quebradas y retorcidas ramas de fuego. Por las calles en pendiente bajaba furiosamente el agua, formando ríos a lo largo de los bordillos de las aceras, en dirección al muelle.

Después de ascender un largo trecho, dobló a la izquierda y rodó a marcha lenta, registrando los mimemos de los edificios. Detuvo el auto, paró los cepillos limpiaparabrisas y apagó las luces, saltando a la calle.

Cruzó corriendo hasta el portal y se detuvo renegando en el patio para sacudir el agua de su sombrero.

En un cuadro figuraba los números de los apartamentos junto a la correspondiente tarjeta con el nombre del inquilino. M. Broding Carvey vivía en el tercer piso, apartamento “B”.

Este Broding era el mismo atildado joven que aquella mañana había atendido a Harvey en la joyería de Benson y Peterson. Entre los periódicos que el abogado había leído aquella noche, el nombre de Broding se citaba en un par de ocasiones, junto al de Benson y Peterson.

Broding había llegado el día del robo a la tienda y, como todas las mañanas, esperó unos minutos hasta que apareció Benson y abrió el establecimiento. El robo no fue descubierto hasta casi media hora más tarde, cuando Benson abrió la caja acorazada y advirtió que esta había sido desfondada. Todavía estaban Benson y Broding comprobando la falta de las joyas cuando llegó Peterson, y fue puesto al corriente de lo que sucedía.

Mientras tanto, la policía había registrado la tienda de la señora Schufeldt, sin descubrir el túnel, cuya entrada estaba en el sótano, oculta

tras un montón de trastos viejos.

Avisados de la desaparición de las joyas, los detectives no se encontraban presentes cuando la caja fue abierta. El testimonio de Peterson y Benson fue admitido, y la declaración del empleado corroboró plenamente la de estos.

A efectos del cobro de la póliza del seguro de las joyas, el testimonio de Matthew Broding debió ser particularmente valioso. Si mintió a favor de sus patronos, Broding tuvo que ser generosamente recompensado. Pero el dinero de una recompensa, como cualquier otro, se gasta aprisa. Y casi siempre el que la recibe piensa que su lealtad o su favor fue tasado muy bajo del valor que tenía.

Por esto iba a visitar a Broding.

El ascensor dejó a Harvey en el tercer piso. Cuatro puertas iguales daban al rellano de la escalera. Por debajo de la puerta "B" salía un débil rayo de luz.

Oprimió el botón del llamador eléctrico. En el apartamento sonó un zumbador, pero nadie vino a abrir. Harvey miró al suelo. El rayo de luz que salía por el resquicio se apagó en el mismo instante.

"¡Hola!", se dijo Harvey.

Puso la mano en el picaporte y lo hizo girar. La puerta cedió a la suave presión, pero el joven no se atrevió a abrir completamente. No era correcto entrar en casa ajena sin permiso, y hacerlo podía acarrearle algún disgusto.

Decidió llamar de nuevo, pero esta vez el zumbador no sonó.

Algo extraño estaba ocurriendo en el aposento. El apagón de la luz y el silencio del zumbador obedecían probablemente a la misma causa. ¡Alguien había quitado los fusibles!

Harvey tuvo como un presentimiento.

Algo a modo de un sexto sentido le previno contra un peligro desconocido, aunque inminente. El peligro estaba agazapado detrás de aquella puerta, más si por un lado su sentido común le impulsaba a alejarse, la curiosidad le retenía en aquel lugar.

"Después de todo, vine a ver a Broding" —se dijo.

Harvey era hombre de resoluciones prontas. Tan pronto decidió entrar, ya no esperó más. Empujó la puerta con fuerza y se precipitó dentro de la habitación, saltando a un lado.

Un fogonazo brilló en la oscuridad y una bala pasó junto al oído del joven, yendo a clavarse en el marco de la puerta, mientras retumbaba el disparo.

Harvey se tiró al suelo, rodando varias veces sobre sí mismo, mientras se alejaba de la entrada, hasta que le detuvo el choque contra un mueble pesado.

El mueble resultó ser un largo diván de estructura y patas metálicas. Mientras se agazapaba tras el diván, se oyó el chasquido característico del

cerrojo de un arma. El asesino, al parecer, tenía un rifle. El abogado esperó a que el hombre disparara de nuevo, pero no lo hizo.

Arriesgándose a recibir un balazo, levantó la cabeza para mirar sobre el respaldo del diván. Lo hizo a tiempo de ver una sombra que corría agazapada hacia la puerta.

Harvey estaba desarmado. Echó mano a lo primero que encontró, y que resultó ser un cojín de espuma de caucho del asiento del diván.

Saltando en pie, arrojó con fuerza el cojín a los pies del hombre que iba a alcanzar la puerta. El fugitivo enredó sus extremidades en el cojín y cayó aparatosamente de bruces. Harvey cruzó la habitación en dos zancadas y saltó ágilmente, cayendo sobre el hombre que empezaba a levantarse...

El puño de Murphy golpeó al desconocido en alguna parte de la cabeza, probablemente sobre un oído. El hombre contestó atizando a su antagonista con un objeto pesado y duro, la culata del rifle. Harvey se asió fuertemente a las ropas del desconocido, que resultaron, al tacto, duras, satinadas y húmedas como de un impermeable de celofán. El malhechor, en un desesperado esfuerzo por escapar, golpeó de nuevo a Harvey con el cañón del rifle.

Herido en la sien Murphy cayó de rodillas mientras el otro escapaba a través de la puerta abierta y se precipitaba al ascensor, que el abogado había dejado, previendo un pronto regreso, en el supuesto de no encontrar a Broding en casa.

El ascensor ya estaba en marcha cuando el joven se puso en pie y salió tambaleándose del aposento.

Alarmado, sin duda, por el ruido del disparo, un hombre en mangas de camisa, que traía un periódico en las manos y una pipa entre los dientes, quedóse mirando, sorprendido, a Harvey desde la puerta del apartamento "D".

—¡Llame a la policía! —le gritó, mientras se precipitaba a la escalera.

—¡Dejen paso... apártense! —les gritó Harvey.

Uno de los hombres le echó la zarpa al hombro.

—¡Oiga! ¿Quién es usted? —interpeló.

Harvey le propinó un empujón que lanzó al otro contra la pared. El hombre, sin embargo, todavía consiguió zancadillear a Murphy cuando este pasaba por su lado. Harvey perdió el equilibrio y se hubiera lastimado a no asirse al pasamanos, con lo cual detuvo su caída, aunque perdió un tiempo precioso.

—¡Corre, Susan... ve a avisar a la policía! —apremió el otro vecino a la mujer.

Mascullando denuestos contra los vecinos de la finca, Harvey reanudó su interrumpida y ya inútil catrera.

El ascensor estaba vacío cuando alcanzó la planta baja, y ya ni rastro advirtió del fugitivo, cuando corrió hasta el portal y asomó a la calle. La

lluvia caía, formando una cortina en la cual se había esfumado el hombre del impermeable.

Harvey regresó hacia el ascensor, tomando este hasta el tercer piso. Ante el apartamento “B”, encontró a varios hombres y un par de mujeres envueltas en batas de estar por casa. Uno de los hombres era el mismo que en la planta segunda había intentado detenerle. Del aposento “B” salió el hombre de la pipa.

—Creo que hay alguien tendido allí en la cocina, pero no hay luz y no pude ver bien.

Los vecinos tenían sus ojos recelosos fijos en Murphy.

—¿Dónde están instalados los fusible en estos apartamentos? —preguntó Harvey.

—En la cocina —dijo el hombre de la pipa.

—Bien, vamos allá. Que uno de ustedes me acompañe. ¿Han llamado a la policía?

—Sí, mi mujer fue a dar aviso —repuso otro de los vecinos.

Harvey entró en el piso y encendió una cerilla. Guiado por el hombre de la pipa, llegó hasta una pequeña puerta, que era la que llevaba a la cocina. La primera cerilla se consumió entre los dedos de Harvey, y este encendió otra nueva.

Un hombre estaba tendido de bruces en el pequeño recinto. En el rincón de la derecha, sobre el refrigerador, encontraron la tapa de la caja de fusibles. Harvey la colocó en su sitio, con lo cual brilló la luz eléctrica en el “living”. Medio segundo después, se escondió el tubo fluorescente que daba luz a la estancia.

El abogado se inclinó sobre el hombre tendido en el suelo. Este tenía el rostro vuelto a un lado. Debían haberle golpeado brutalmente en la cabeza. Esta reposaba sobre el piso, en medio de un charco de sangre.

—Es Matthew Broding —dijo el hombre de la pipa, volviéndose hacia los vecinos que se apelotonaban en la puerta—. Parece que está muerto.

De la calle llegó el estridente alarido de una sirena. Los vecinos guardaban silencio, mirando acusadoramente a Harvey.

—Sé lo que están pensando ustedes, amigos. Pero se equivocan. Yo no maté a Broding. Por eso he vuelto para esperar a la policía —dijo Harvey.

Minutos después se escuchaba el ruido del ascensor y dos policías uniformados entraban en el apartamento.

—Detengan a este hombre —señaló a Murphy uno de los vecinos de la segunda planta—. Se encontraba en este aposento cuando mataron a Broding.

—¿Es cierto eso? —preguntó uno de los policías.

—No, pero prefiero no hacer ninguna declaración antes que llegue el capitán Stern— fue la respuesta da Harvey.

Stern apareció acompañado del sargento Hobble, al mismo tiempo que

la ambulancia.

—¿Por qué le encuentro siempre metido en todos los líos? —gruñó Stern, así vio a Harvey—. ¿Qué hacía usted aquí?

—Vine para hacer algunas preguntas a Broding, pero alguien se me anticipó. Había luz debajo de la puerta cuando llamé al timbre. Luego se apagó la luz y el timbre dejó de sonar. Probé con la puerta y vi que esta no tenía echado el pestillo. Cuando finalmente me decidí a entrar, el tipo que estaba aquí dentro disparó contra mí con un rifle. Usted mismo puede ver la bala incrustada en el marco de la puerta. El hombre intentó escapar, y yo le hice caer. Luchamos y me pegó con el rifle en la cabeza. Luego escapó en el ascensor. Le seguí por la escalera, pero no le pude alcanzar.

Stern se acercó a la puerta y comprobó que la bala estaba, en efecto, profundamente incrustada en el marco. Volviéndose hacia el sargento, gruñó desapaciblemente:

—Procuren recuperar el proyectil, sin arañarlo ni deformarlo.

Luego regresó para encararse con Murphy.

—¿Conocía usted a la víctima?

—Solo le había visto una vez, en la tienda de Peterson y Benson, esta mañana.

—¿Qué vino a buscar aquí, señor Murphy? ¿Qué preguntas eran esas que deseaba hacerle a Broding?

—¿Podemos hablar a solas?

Stern miró a su alrededor hacia los detectives que se movían, tomando fotografías del cadáver y espolvoreando los muebles en busca de huellas dactilares en la cocina y en el "living".

—Está bien, venga a ver si encontramos un lugar tranquilo —gruñó, haciendo una seña de asentimiento.

Stern probó una de las puertas que daban al "living". Esta resultó corresponder a una habitación dormitorio de regulares dimensiones, con dos camas iguales y otros muebles modernos y al parecer nuevos. Entre las dos camas, sobre una mesilla, destacaba una buena fotografía en un marco de cuero. La fotografía era la de un joven de cabellos rubios y ojos claros, que sonreía mostrando una hilera de dientes fuertes e iguales. Mientras Harvey cerraba la puerta tras él, Stern fue a tomar la fotografía, leyendo la dedicatoria.

—Pobre muchacho —murmuró, dejando el marco en el lugar donde estaba antes—. Se iba a casar con la hija de su patrón, dentro de un par de semanas.

—¿La hija de cuál de ellos? —preguntó Harvey—. Broding tenía dos patronos; Peterson y Benson.

—Me refería a Benson, naturalmente. Peterson es soltero, y no tiene hijas—. Stern se volvió hacia Murphy, el cual había adoptado una expresión meditabunda—. ¿Y bien? ¿De qué íbamos a hablar?

—¿No es curioso que Benson, un hombre rico y de una posición social envidiable, accediera a casar a su hija con un modesto empleado de su tienda?

—No le quepa duda de que Benson conocía bien al muchacho. Broding trabajaba en la joyería desde que tenía diecisiete años. Si Benson no encontró reparos que oponer al casamiento de su hija con Broding, nosotros no vamos a buscárselos. Además, sería inútil. Matthew ha muerto, de modo que nunca se casará con Cis Benson, ni con ninguna otra chica.

—Pero, al menos, usted querrá saber quién le ha matado, ¿no es cierto?

—Por supuesto —repuso Stern, clavando sus grises pupilas en el rostro del abogado—. ¿Hay algo, al respecto, que usted desee declarar?

—Sí. Chester Peterson fue el asesino.

Stern no pareció inmutarse. Únicamente sus aceradas pupilas detonaron cierto interés en forma de un fugaz relámpago.

—¿Así, pues, le reconoció usted?

—Sí.

Esto no era cierto, pero Harvey lo afirmó para abreviar tiempo y ahorrarse un montón de explicaciones que probablemente no convencerían al capitán. Peterson, sorprendido en su casa por la llegada de la policía, se asustaría y admitiría su culpabilidad, mejor que si Stern se presentaba pidiendo disculpas y preguntando dónde había estado aquella noche.

—Está bien —dijo el capitán sin perder su gravedad—. Iremos a ver a Peterson, y usted vendrá conmigo.

—Con mucho gusto.

Volvieron al “living”. Stern fue a tomar asiento en el diván, junto al velador donde estaba el teléfono. Mientras buscaba en la lista la dirección de Chester Peterson, Harvey daba vueltas como un perro, impaciente por salir de caza con su amo.

De pronto, se detuvo para inclinarse y recoger algo que estaba en el suelo.

—Hola, amigo. ¿Qué es eso? —dijo el vozarrón del sargento Hobble a sus espaldas.

Harvey se volvió, entregándole un pequeño objeto.

—¿Qué es esto? —gruñó Hobble—. ¿Un botón?

—Solo la mitad de un botón —corrigió Harvey, y repasó los de su sobretodo—. No es mío. Muy posiblemente se cayó del impermeable del asesino, mientras luchábamos.

El capitán Stern se acercó, después de anotar una dirección en su libreta. Hobble le entregó el botón, haciendo un breve resumen de sus pesquisas, en relación con el hombre que se encontraba en el apartamento cuando llegó Murphy.

—El señor Kessey, del apartamento “D”, estaba leyendo el periódico cuando escuchó un disparo. Abrió la puerta y vio a un hombre que vestía

impermeable gris oscuro entrando precipitadamente en el ascensor. Kessey no pudo verle la cara. El hombre llevaba un sombrero atascado hasta las orejas, y nuestro vecino solo le vio de espaldas.

—¿Y este pedazo de un botón?

—El señor Murphy lo encontró sobre la alfombra.

—Seguramente es del impermeable del asesino —apuntó Harvey.

Stern examinó el fragmento de botón, y lo guardó en su bolsillo.

—Está bien, que los muchachos sigan interrogando a los vecinos, por si alguien más vio al hombre del impermeable. Usted y yo vamos con el señor Murphy a hacer una visita.

Harvey y el capitán Stern abandonaron el apartamento, esperando en el ascensor hasta que el sargento se les reunió allí.

—Si les parece bien, podemos ir en mi automóvil —ofreció el abogado cuando salían del ascensor en la planta baja.

—Su auto no tiene radioteléfono —contestó Stern—. Pero puede seguir detrás del mío, si se empeña en llevarlo. El sargento le acompañará.

—¿No se fía usted de mí? —protestó Harvey—. Creí que estaba claro que yo no maté a ese pobre Broding.

Stern ni siquiera contestó. Habían llegado a la calle, donde la tormenta se había transformado en mansa y menuda lluvia. El capitán se dirigió a uno de los coches policiales estacionados ante el edificio, mientras el sargento acompañaba a Harvey, a través de la calle, hasta el auto de este último.

Hobble rechazó con un gesto la invitación de Murphy a llevar el coche. Por consiguiente, Harvey condujo por sí mismo, siguiendo la luz roja destellante del auto de la policía que marchaba delante, señalando el camino.

Chester Peterson habitaba en el apartado distrito residencial de Portola Drive, en un viejo caserón de techos de pizarra, con habitaciones abuhardilladas en la segunda planta y una chimenea de piedra clásica adosada, por el exterior, a uno de los muros.

En dos de las ventanas de la planta baja, la luz se filtraba tenuemente a través de las espesas cortinas. Esto, al menos, parecía indicar que había alguien en la casa.

Desde la acera, el visitante trasponía una baja verja de madera, y, por un sendero de losas, a través de un cuidado césped, llegaba a la puerta principal, con sus dos columnas sosteniendo un tejadillo.

Dejando a un detective en el auto policial, el capitán Stern avanzó por el sendero, seguido de Murphy y el sargento Hobble hasta la puerta de la casa. Stern pulsó el botón de un timbre eléctrico. Dentro de la casa sonó el timbre, pero nadie salió a abrir.

—Vaya a ver por esas ventanas —dijo al sargento.

Hobble se alejó por el sendero de losas adosado al muro. El hizo sonar

de nuevo el timbre con idénticos resultados negativos. El sargento regresó después de una somera inspección.

—Las cortinas están echadas. No se ve nada a través de ellas.

—Pruebe en alguna de las ventanas —dijo sombríamente al sargento.

Hobble se alejó de nuevo, perdiéndose en la oscuridad.

—Le dimos demasiado tiempo. Ha debido poner pies en polvorosa —observó Harvey.

—Dígame una cosa, Murphy. ¿Está seguro de que era Peterson? ¿Le vio bien la cara?

—No le vi, esa es la verdad. Pero estoy seguro de que era él.

—¡Hola! ¿De modo que no le vio? —exclamó Stern con acento disgustado—. ¿Cómo se atrevió, entonces?...

—¿Cómo me atreví a acusarle? Es él, no le quepa la menor duda. Llegué a esa conclusión esta tarde, después de repasar todo lo que los periódicos publicaron acerca del robo de las joyas. Los ladrones solo consiguieron llevarse lo que había en el estante bajo de la caja acorazada. Probablemente, todo lo que había allí era un puñado de pedrería falsa. Mutter, y a continuación Dobbs, murieron sin enterarse de que su botín no tenía ningún valor. La viuda de Dobbs fue a la cárcel, y durante años desafió los intentos de la policía de sonsacarla, pensando también que las joyas eran las legítimas de la colección Blanchet, y que el día que cumpliera su condena, sería una mujer rica. La señora Dobbs fue asesinada días antes de ser libertada. ¿Por qué la mataron? Sencillamente, porque los que verdaderamente tenían en su poder las joyas legítimas debían impedir que la señora Dobbs rescatara el botín o llevara hasta este a la policía y los detectives de la compañía de seguros que pagó la póliza del seguro de esas joyas.

Stern guardó sombrío silencio.

De la oscuridad llegó un estruendo de cristales rotos cayendo al suelo. El sargento Hobble, causante del estropicio, debía haber forzado alguna de las ventanas.

—¿Y bien? —preguntó Harvey, en vista del silencio de Stern.

—Tenga paciencia, Murphy. Estoy tratando de seguir el hilo de su razonamiento —gruñó el policía—. Muerta la señora Dobbs, la señorita Munford quedó como única depositaría del secreto. Peterson, que había denunciado el robo de la colección Blanchet, tenía que asesinar también a la muchacha para que esta no pudiera sacar las joyas falsas del lugar donde todavía están escondidas. Esta tarde, Peterson intentó librarse de Maud Munford y fracasó. Ahora bien, Peterson tenía un cómplice...

—Sí, Broding. Tal vez su socio Benson estuviera también mezclado en el asunto, pero de él no tenía que temer. En cambio, Broding...

En este momento escucharon el pestillo de la puerta al ser descorrido por el lado interior. La hoja se abrió y el sargento Hobble se hizo a un

lado.

—¿El pájaro ha volado, Hobble? —preguntó Stern.

—Está ahí, señor. En el “living”. Se disparó un tiro bajo la barbilla, utilizando un rifle con punto de mira telescópico.

Stern se precipitó en el vestíbulo. A la izquierda, una puerta abierta dejaba escapar un chorro de luz que iba a caer sobre la alfombra que cubría el centro del “hall”. Stern entró en el “living”, seguido a corta distancia de Murphy y el sargento Hobble.

El cadáver yacía sobre la alfombra, la cabeza en un charco de sangre y a su lado un rifle.

El rifle tenía un cordel atado al gatillo. Este cordel, en su otro extremo, formaba un asa a la cual estaba enganchado un pie de cadáver. Era evidente que Peterson apoyó la culata del rifle en el suelo, poniendo la barbilla cerca del cañón del arma. Introduciendo un pie en el asa del cordel, el suicida tiró del gatillo, disparando la bala que le voló los sesos, causándole la muerte instantánea.

Cerca del cadáver se veía una mesa que, al parecer, era utilizada como escritorio. Sobre la meas, entre un montón de libros y papeles, había una máquina de escribir pequeña y un teléfono.

Harvey Murphy se acercó también, leyendo el papel mecanografiado:

“Yo maté a Matthew Broding. Era un mal bicho, que durante años me había estado sacando dinero bajo amenaza”.

CAPÍTULO VIII

El cadáver aparecía en chaleco y mangas de camisa, pero amontonados de cualquier forma en una silla se veían un sombrero, una americana y un impermeable de celofán color gris oscuro.

Mientras Stern telefoneaba, Harvey se acercó a la silla y examinó las prendas.

El sombrero estaba empapado, y era blando al tacto, careciendo de marca alguna. En cuanto al impermeable, conservaba todavía gotas de lluvia y tenía el último botón de abajo roto, faltándole la mitad.

Harvey, por último, se acercó al cadáver y se inclinó sobre este, tocando sus zapatos. También estos estaban húmedos, lo que evidenciaba que Peterson había estado andando sobre terreno mojado recientemente.

Hechas estas observaciones, fue a dejarse caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

Así le encontró Stern cuando se volvió a él, después de colgar el teléfono.

—Muy bien, Murphy. Usted ganó. Con ese mismo rifle, Peterson intentó asesinar a Maud Munford esta tarde. Luego lo utilizó para matar a Broding, al que golpeó con la culata, y por último se sirvió de él para descerrajarse un tiro. Los móviles de Peterson para asesinar a Broding e intentar hacer lo mismo con la señorita Munford, son evidentes. Su amiga de usted, Maud Munford, nos ahorraría mucho trabajo sí, después de esto, accediera a descubrirnos el escondrijo de las joyas. Peterson, en su declaración, omitió citar los motivos por los cuales su empleado le estaba haciendo chantaje, lo que deja bastante enredado el asunto de las joyas desaparecidas.

—A propósito de Peterson —dijo el sargento Hobble, que andaba por la habitación, abriendo cajones y husmeando por todas partes—. ¿No es curioso que utilizara el rifle para pegarse un tiro, teniendo a mano una pistola?

Stern y Murphy quedáronse mirando a Hobble, con expresión sorprendida.

—¿Peterson tenía una pistola? —murmuró Stern.

Hobble mostró la que sostenía en la mano, envuelta en un pañuelo.

—Si era suya, no lo sé. Por lo menos, estaba aquí, en el cajón de su escritorio.

Stern alargó la mano y tomó la pistola, a la que sacó el cargador para comprobar si efectivamente estaba cargada.

—Cargada —murmuró—. Peterson tenía a mano una pistola y sin embargo prefirió tomarse todo ese trabajo de atar un cordel al gatillo del

rifle, hacer un asa para el pie y tener que inclinarse para poner la barbilla cerca del cañón. Cuando más conoce uno a la gente, más nos choca su extraña forma de comportarse.

Stern se tiró nerviosamente del lóbulo de la oreja, en el momento en que entraba precipitadamente el detective que había quedado en la calle al cuidado del auto policial.

—Una llamada urgente para usted desde el Cuartel General, capitán —anunció el detective—. El sargento Redding comunica por radioteléfono estar siguiendo a la señorita Munford, que salió de la casa y subió con un auto que había llegado poco antes.

Harvey Murphy saltó en pie, como impulsado por un muelle.

—¡Deben haberla secuestrado! —exclamó—. No es posible que ella acompañara a ese individuo de buen grado.

—Bueno, no hay por qué preocuparse. Nuestros hombres están tras su pista e impedirán que le ocurra nada malo —objetó Stern. Y añadió, dirigiéndose al detective—. Regrese al auto, Hardy. Vamos enseguida a reunirnos con usted.

Harvey se había precipitado sobre el teléfono.

—¿Qué hace usted? —preguntó Stern.

—Llamo al teléfono de la señorita Sharp —repuso el abogado, haciendo girar el disco—. Si la información es correcta, solo la señorita Munford salió de la casa. Me preocupa lo que haya podido ocurrirle a mí secretaria.

Harvey aplicó el auricular a su oído, escuchando en el otro extremo de la línea el zumbido del teléfono.

—No contestan —dijo en voz baja. Esperó otro largo minuto y abandonó definitivamente el aparato sobre su soporte—. El timbre suena, pero nadie contesta.

Stern dijo, volviéndose hacia Hobble:

—Corre al coche y saque el radioteléfono portable. Murphy y yo iremos en su auto, a ver lo que ocurre a la señorita Sharp, mientras usted y Hardy se unen a Redding para continuar la persecución de la señorita Munford y el hombre que la acompaña.

Hobble salió disparado por la puerta, en tanto que Stern y Harvey cruzaban una mirada de preocupación.

—¿Robt Cooper está en libertad? —preguntó Harvey.

—El juez le soltó esta tarde, después que su abogado depositó la fianza.

—Está bien, vamos. No perdamos más tiempo —dijo Harvey, impaciente, precipitándose el primero en dirección al vestíbulo.

Salieron de la casa y cruzaron corriendo el césped hasta la calle. El sargento Hobble tenía entre las manos un radioteléfono portable del tipo de los empleados por las unidades del Ejército para comunicaciones a corta distancia.

—¿Por dónde anda ese auto? —preguntó Stern.

Fue Hardy quien contestó, desde el interior del coche:

—Salieron de Oakland por la carretera del sur hacia San Leandro. Dos radio-patrulla han partido para unirse a la persecución.

—Iremos juntos hasta Oakland. Pónganse delante y vayan abriendo paso con la sirena —dijo Stern. Y tomó el radioteléfono de manos de Hobble.

Harvey se dirigió rápidamente a su automóvil, seguido de Stern, que tomó asiento a su lado y bajó el cristal de la ventanilla para sacar por ella la alta antena de su radioteléfono portable.

Mientras el abogado ponía el motor en marcha y arrancaba detrás del auto policial, el capitán Stern comunicaba por radio con la emisora de la policía, a fin de que esta avisara a su vez a los radio-patrullas que prestaban servicio en Oakland y mandaran a alguien para asistir a la señorita Sharp, en el supuesto de que esta necesitara, socorro.

Stern dijo, después de cerrar la comunicación con la emisora de la policía:

—En el caso de que le hubiera ocurrido algo, la señorita Sharp recibiría auxilio más rápido. Además, así nos evitamos tener que apartarnos de la ruta y detenernos en su casa.

Delante del auto de Harvey, el coche radio-patrulla hacía destellar la luz roja del techo, mientras sonaba insistentemente la sirena. Harvey tuvo que pisar más a fondo el acelerador y echar mano de todas sus modestas dotes de conductor para no quedarse atrás.

Como una exhalación cruzaron la ciudad y bajaron hasta los muelles, en demanda del acceso al puente colgante de Oakland. Camino del puente se les unió por la derecha otro auto de patrulla, que se situó detrás del coche de Murphy y siguió pegado a la trasera de este, haciendo sonar su sirena.

Los tres vehículos entraron en el puente y se lanzaron por él a una velocidad desenfrenada. El capitán utilizó de nuevo el radioteléfono para comunicar con la emisora de radio de la policía. Harvey, muy ocupado en la conducción del auto, solo alcanzó a oír algunos monosílabos con los cuales Stern contestaba a la comunicación que estaba recibiendo.

—De acuerdo, seguimos recto por la carretera del sur hacia San Leandro. Corto.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Harvey, las manos aferradas al volante y los ojos en las luces zagueras del coche que le precedía.

—Uno de nuestros autos patrullas acudió a la casa. Los agentes notaron que salían emanaciones de gas por debajo de la puerta del apartamento de la señorita Sharp, y echaron la hoja abajo. Encontraron a su secretaria desvanecida en el suelo, y el apartamento lleno de gas, procedente de una espita abierta del fogón de la cocina. Una ambulancia con un pulmón de acero está en camino hacia la casa. Los agentes administraron oxígeno a la

mujer, y todo parece indicar que esta se salvará.

—¡Entonces, intentaron asesinarla!

—No se preocupe, la señorita Sharp está en buenas manos. No nos detendremos allí, a menos que quiera hacerlo usted, y yo me apee para cambiar de coche.

—No es solo la señorita Sharp quien me preocupa. Probablemente, en estos momentos Maud Munford corre un peligro mayor. El hombre que quiso asesinar a la señorita Sharp, no vacilará en matarla también a ella, luego que haya conseguido sus propósitos.

—¿Estás pensando en las joyas?

—Sí.

—Por este intento de asesinato, le saldrán a Cooper diez años de cárcel. ¡Maldito bribón!

—Tal vez no sea Cooper.

—¿Quién podría ser, si no?

—Cualquiera que haya leído los periódicos sabe que Maud Munford tiene en su poder un tesoro valorado en un millón de dólares. Los detectives de la Compañía de Seguros, por su cuenta y razón, los detectives particulares de todo el país, y las pandillas de "gangsters", pueden estar sobre la pista de Maud Munford e intentar, cada uno por su lado, arrancarle el secreto del escondrijo de esas joyas. Hay, además, otra persona que sería capaz de asesinar a Maud Munford, aun sin pretender apoderarse de las joyas.

—¿Quién?

—Philip Hallen, un exportador de frutas para el cual trabajaba Maud Munford cuando fue acusada de haber cometido un desfalco.

—No conozco el caso de la señorita Munford.

—Es fácil de resumir en pocas palabras. Hallen pretendía a la muchacha y la llevó hasta su apartamento, pretextando un trabajo urgente, aunque en realidad con intenciones deshonestas. La muchacha le rechazó de plano, le dijo unas cuantas lindezas y logró escapar, poniendo a salvo su honor. Hallen se vengó, pocas semanas después, denunciando a Maud Munford por un supuesto desfalco. La Policía registró el apartamento de la señorita Munford, descubriendo una cantidad de dinero aproximadamente igual a la que faltaba en la caja de la oficina. La muchacha fue juzgada, declarada culpable y condenada a cuatro años de prisión. No me cabe la menor duda de que Hallen mintió. Un empleado suyo llamado Lee fue probablemente quien modificó los asientos. Lee es en la actualidad el contador de libros de Hallen, y disfruta de una situación sospechosamente próspera. Creo que Lee cobra un exorbitante sueldo o le saca dinero de alguna otra forma a Hallen, a cambio de su silencio.

—Y usted piensa que, para librarse de la amenaza constante que para él representa la señorita Munford, Hallen fue a sacarla esta noche del

apartamento de su secretaria para asesinarla.

—¿Por qué no? La ocasión es magnífica para él. Cualquiera pensaría que Maud había sido asesinada por el asunto de las joyas, sin que hubiera relación alguna entre su muerte y esa vieja historia que tantos quebraderos de cabeza está proporcionando a Hallen.

—Créame a mí, Murphy. Conozco mejor que usted las reacciones de la gente, y le digo que Hallen no sería tan loco de intentar asesinar a la señorita Munford por ese motivo. En todo caso, si de alguien tiene que temer, no será de la señorita Munford, sino de ese empleado y cómplice suyo. Lee, si ese es su nombre, es el único que podría arruinarle, declarando haber seguido instrucciones para modificar los asientos de los libros y comprometer a la muchacha.

Harvey guardó silencio mientras Stern ponía a funcionar de nuevo su radio-receptor y aplicaba el auricular a su oído.

Después de escuchar durante un minuto, Stern llamó:

—Hola, QRS. Aquí Stern. Vamos por la carretera del sur hacia San Leandro. Diga si andamos por buen camino. Cambio.

Harvey no pudo escuchar la respuesta de la emisora. Stern asintió con un gruñido.

—Está bien, QRS. Entendido, corto.

Esta vez el capitán dejó el aparato en marcha, mientras se volvía hacia Murphy.

—El sargento Redding comunica que han abandonado la carretera del sur para dirigirse hacia la costa.

—Nos llevan mucha ventaja, no podremos darles alcance.

Stern hizo una pausa y luego agregó:

—Por cierto, he captado una llamada de la emisora central a los coches patrulla que circulan por los alrededores de Market Street. Ha surgido una pelea en las oficinas de un tal Philip Hallen, de la cual ha resultado con heridas bastante graves un empleado de este llamado Lee...

El sobresalto que experimentó Harvey hizo salirse al auto de su ruta y trazar una brusca “ese” en el camino.

—Está bien, Murphy —dijo Stern, mirando intranquilo como el auto volvía a la ruta—. Usted tenía razón, pero no pierda el dominio de sus nervios. El sargento Redding se mantiene pegado a la zaga del auto. No hay razón para asustarse, en tanto ese tipo no consiga despistamos. Por cierto, le veo muy trastornado. Tal vez esté enamorado de esa chica. ¿Es cierto?

—¿A qué viene eso ahora? —protestó Harvey, sintiendo que el corazón le latía desacompasadamente—. Maud Munford es mi cliente. Tengo motivos para sentirme preocupado por ella. Después de todo, no es más que una pobre muchacha desvalida, amargada y resentida contra la sociedad que tan injustamente la trató.

—Y, naturalmente, usted se ha sentido llamado a protegerla con su pecho contra esa sociedad cruel —repuso Stern, irónico.

Harvey se volvió a mirarle, con lo que el coche se desvió de nuevo y el capitán dejó de reír para palidecer como un muerto.

—¡No, por favor! —exclamó, poniendo su mano sobre el brazo del abogado—. No lo tome en cuenta. Mire al frente y procure no salirse de la pista. ¡Piense que tengo mujer e hijos, que echarían mucho de menos a su pobre padre!

Harvey Murphy recobró el dominio del auto con un golpe de volante. Las luces zagueras del que les precedía se habían distanciado mucho, mientras que por detrás el segundo coche radio-patrulla hacía sonar insistentemente la sirena, pidiendo paso. Harvey pisó a fondo el acelerador y se inclinó ligeramente, aferrando con firmeza el volante.

Unas millas más adelante, el auto predecesor viró bruscamente a la derecha tomando una carretera secundaria, sin apenas aminorar la marcha. Harvey aplicó suavemente los frenos, se lanzó valientemente dentro de la curva y pisó de nuevo el acelerador para salir airosamente del apuro.

Las ruedas chirriaron sobre el asfalto y el capitán Stern se asió al borde de la ventanilla para mantener el equilibrio.

—Muy bien —fue su comentario—. Siga así y salvaremos la piel.

Luego empuñó de nuevo el radioteléfono para comunicar con la emisora central.

—El auto fugitivo abandonó la carretera principal y se internó por un camino —indicó a Harvey, recogiendo la larga antena del aparato radiotelefónico—. Estamos saliendo del alcance de nuestros radioteléfonos. Podemos oír a la emisora, pero ellos apenas nos oyen a nosotros.

Por la abierta ventanilla entró una ráfaga de brisa cargada de emanaciones a sal y yodo. Se notaba que se acercaban al mar.

Unos minutos más tarde, Harvey veía encenderse las luces de “stop” del auto patrulla que marchaba delante. El abogado aplicó a su vez los frenos para no estrellarse contra el coche predecesor, lo cual hizo con tanta energía que sacó el capitán Stern de su asiento y lo lanzó contra el cristal parabrisas.

—¿Se ha hecho usted daño? —preguntó, cuando el auto se detuvo tras el escalofriante chirriar de llantas sobre el asfalto.

—¿Quién piensa ahora en eso? —gruñó Stern, enderezándose el sombrero y empujando la portezuela para saltar a la carretera.

Harvey saltó a su vez al asfalto, avanzando hacia el grupo de agentes uniformados y detectives de paisano que se había congregado junto al auto del sargento.

Redding, hombre joven y fornido, empuñaba una “metralleta” y explicaba la situación a Stern.

—Entraron por este camino. El mar queda como a unos doscientos

metros de distancia. No consideré oportuno seguirles por la senda, a sabiendas de que no pueden haber ido lejos y deben haberse detenido a corta distancia de aquí.

—De acuerdo, seguiremos a pie, desplegando en abanico —dijo el capitán—. ¿Dónde estamos?

Uno de los detectives mostró un mapa al leve resplandor de las luces de posición.

—Estamos aquí, a la izquierda de Moon Bay. Hay muchas quintas de recreo esparcidas por estos lugares, entre la autopista y la costa.

—¡Moon Bay! —exclamó Stern—. Estuve aquí hace unos cuantos años, dedicado durante cinco días a la tarea más ingrata del mundo. Los Dobbs tenían por aquí una pequeña casita de recreo. Cavamos prácticamente cada palmo del terreno de los alrededores, en busca de ese condenado tesoro. ¿De modo que las joyas estaban aquí, de todos modos?

—Bien, ¿a qué esperamos? —medió Harvey, dominado por la impaciencia—. La muchacha puede estar en verdadero peligro, ahora que ya ha conducido a ese tipo hasta el escondrijo de las alhajas.

—Está bien, vamos allá. ¿Tiene usted pistola?

—No.

—Redding le prestará la suya. A él le basta con la ametralladora.

El sargento entregó su revólver a Harvey.

—Vaya con cuidado —le advirtió—. Está cargado.

—Sé cómo se maneja una pistola, no se preocupe. Como casi todo el mundo, también he sido soldado.

—Andando —dijo Stern—. Desplieguen. Usted a mí lado, Murphy. No quisiera que le ocurriera nada.

La fuerza policíaca, diez hombres en total contando a Murphy, avanzaron en una larga línea a un lado y otro del camino, quedando Stern y Murphy en este último y adelantando por él al paso que lo hacían los que iban a campo traviesa.

La oscuridad era completa más allá de donde alcanzaban las luces de los automóviles estacionados en la autopista. Luego de remontar una pequeña cuesta, el camino descendía en suave pendiente hacia el mar. Hasta los oídos de Harvey llegó el rumor de las olas al golpear contra la costa roqueña. Allá adelante alcanzó a ver una luz roja, demasiado lejos para formar parte de tierra, firme.

—¿Qué es aquella luz? —preguntó en voz baja.

—Hay un islote allí, que queda cubierto con la pleamar. La luz roja sirve de aviso para los navegantes que bordean la costa, especialmente los yates y los pequeños botes.

—¿Y la casa?

—Espere, ahora la verá.

Los ojos de Harvey iban acostumbrándose a la oscuridad. No tardó en

distinguir la fosforescencia del mar destacándose contra el borde recortado y más oscuro de la costa rocosa. Más adelante vio una mancha pardusca surgiendo de la oscuridad a la derecha.

—¿Es esa la casa?

—Sí.

—¿Qué había en ella, cuando usted la registró?

—Poca cosa. Muebles viejos, un bote de aluminio en el garaje y un par de escafandras, arpones y todo lo demás correspondiente a un par de equipos para la pesca submarina. Dobbs había sido hombre-rana mientras sirvió en la Marina, durante la Segunda Guerra mundial. Tenía afición al mar.

Harvey se detuvo de pronto, experimentando una sensación parecida al coletazo de un gran pez espada. Mientras tanto, Stern abandonaba el camino y torcía a la derecha para dirigirse en línea recta hacia la casa.

El abogado continuó donde estaba. ¿De modo que los Dobbs tenían afición a la pesca submarina? ¡El mar! El mar inmenso, la costa rocosa con su accidentado fondo submarino, los escollos y los islotes ofrecían un lugar ideal para esconder un tesoro de diamantes y platino. Sería difícil dar con las joyas en aquel medio, aun en el supuesto que se le ocurriera a alguien buscarlas allí. Harvey imaginó a la señora Dobbs remando en su bote, sin más ropa que un traje de baño, y en el fondo de la embarcación un equipo de hombre-rana y un saco conteniendo un falso tesoro de joyas…

De pronto, sonó un grito. No era un grito muy fuerte, y además venía confundido con el ruido de la resaca que arrastraba las olas sobre un bajo fondo de roca.

Harvey volvió la cabeza hacia el mar, preguntándose si realmente escuchó el grito o fue simple producto de su imaginación.

Y entonces tuvo un presentimiento.

Stern y el resto de sus hombres se habían alejado hacia la casa, pero el abogado presintió que ni Maud ni su peligroso secuestrador estaban allí.

Sin pensarlo más, dio media vuelta y echó a correr hacia la playa. El sobretodo le estorbaba y mientras corría, se desprendió de él, dejándolo caer al suelo. Tiró también el sombrero, y empuñó con resolución la pistola.

—¡Maud! —gritó.

—¡Aquí, socorro! —contestó una voz apagada.

Llegó sin alientos al borde rocoso, y se detuvo. Una escalera tallada en la roca conducía hasta una piedra plana que indudablemente hacía las veces de embarcadero natural. En el agua, junto a la roca, se balanceaba un pequeño bote. Dos personas luchaban sobre la pequeña embarcación, siendo esta la causa principal de su rudo cabeceo.

—¡Maud! —llamó Harvey.

La muchacha no pudo contestar. El hombre que estaba con ella en el

bote le asestó un fuerte golpe en la cabeza, con el cañón de la pistola. La joven cayó de rodillas en el fondo del barquichuelo. El malvado levantó el brazo y disparó.

Harvey sintió la quemadura del plomo bajo el brazo, entre las costillas. No podía contestar al disparo, sin peligro de herir a Maud.

Dándose impulso, saltó audazmente al vacío, trazando un arco en el aire para ir a caer sobre el asesino, que de nuevo levantaba el revólver.

El impacto de Harvey sobre el malhechor fue decisivo. El bote volcó, precipitando a sus tres ocupantes a las frías aguas del mar.

Fuertemente abrazado a su enemigo, Murphy se sintió ir al fondo, en mitad de un remolino de burbujas. La profundidad era allí escasa y las espaldas y la cabeza de Harvey golpearon contra la roca. El diabólico individuo que estaba sobre él supo aprovechar prontamente esta ventaja inicial, y, agarrando al abogado por el cuello, le sacudió para golpearle la cabeza contra el áspero fondo de roca.

Harvey sabía que Stern y sus detectives no tardarían en llegar, más poco le importaba, si cogían al asesino vivo y a él muerto. Sus dedos buscaron y encontraron la garganta del criminal. Y apretó; apretó con todas sus fuerzas, mientras se daba impulso con los codos para colocarse sobre el otro.

Sin saber cómo, lo consiguió. Y entonces sacudió la cabeza del maldito individuo, golpeándole una y otra vez contra la roca. Lo hizo con tanta furia y rencor, que casi llegó a olvidar que su elemento natural era el aire y tenía que salir alguna vez a respirar.

La luz de varias linternas brillaban sobre él cuando, sintiendo próximos a estallar sus pulmones y zumbarle los oídos, soltó a su víctima, y se impulsó apoyando los talones contra la roca.

En el momento que salía a la superficie, caía junto a él un hombre en rápida zambullida.

Sobre la roca había varios policías asaeteándole con el foco de sus linternas. El capitán Stern y el sargento Hobble bajaban por la escalera. Harvey vio entonces a Maud Munford aferrada al borde resbaladizo de la roca. Nadó hacia ella y le rodeó la cintura con su brazo, mientras con la mano libre se asía a la roca.

Sintió un agudo dolor en las costillas del lado izquierdo, pero lo olvidó a continuación.

—¡Maud! ¿Se encuentra bien?

—Sí… ¡Oh, Dios mío!

La muchacha estaba llorando. Stern y Hobble se hallaban ya sobre la roca. Se inclinaron, asieron a la muchacha por las muñecas y la izaron en vilo.

Poco después, Harvey se encontraba a su vez sobre la resbaladiza roca. Un policía nadaba con una sola mano, remolcando a alguien hacia el

embarcadero. Harvey se había acercado a Maud Munford. La muchacha se tambaleó y él acudió a sostenerla.

De pronto, Maud rompió en un sollozo y se abrazó a él, temblando de pies a cabeza.

—¡He pasado mucho miedo! —exclamó entre sollozos—. Si al menos hubiera sabido que usted andaba cerca, me habría sentido más valiente, pero yo le creía a mil leguas de mí, y desconfiaba de que nada ni nadie pudiera salvarme.

—Está bien, Maud. Ya no tiene por qué preocuparse. Llevó usted el juego demasiado lejos, esa es la verdad. Su obstinación en no declarar dónde se escondían las joyas pudo costarle un disgusto, pero ya todo ha pasado. ¿Era Hallen quien la sacó del apartamento de la señorita Sharp?

—¿Hallen? —la muchacha levantó su pálido y húmedo rostro para mirar a Harvey con asombro—. ¡Dios mío, no! No sé quién es. Ni siquiera le había visto antes de esta noche.

Los detectives habían sacado al hombre del agua y lo dejaban tendido sobre la roca. El capitán Stern se inclinó, enfocando con su linterna el rostro del náufrago. Harvey miró también, pero la cara que vio era totalmente desconocida para él.

—¿Quién es? —preguntó a Stern.

El capitán se volvió con una sonrisa irónica en los labios.

—Después de todo, no pasa usted de ser un detective aficionado, Murphy. Nuestro hombre se llama Benson... de Benson y Peterson, joyeros de San Francisco.

—¡Benson! —exclamó Harvey—. ¡Pero si se le suponía en viaje por Europa!

—Probablemente, pretextó ese viaje para poder dedicarse a perseguir y asesinar a la señorita Munford, sin despertar sospechas. Tal vez hubo algo más en el ánimo de Benson, pues fue él quien asesinó a Matthew Broding y luego a Peterson... Sí, Peterson fue asesinado. Después de matar a Broding, exasperado sin duda por las exigencias de este cómplice, que llegaron hasta imponerle la entrega de su hija como esposa. Benson tenía que matar también a Peterson. Recuerde que fue Benson quien, junto con Broding, abrió la caja fuerte y descubrió, que esta había sido forzada. Cuando Peterson llegó, más tarde, Benson y su cómplice ya habían tramado un plan completo para dar como desaparecidas las piezas de la colección Blanchet, en lugar de la pedrería sin valor que realmente se llevaron los ladrones. Peterson debió sospechar la treta, a menos que realmente estuviera en complicidad con su socio. De cualquier modo, Peterson debía estar dando muestras de debilidad o franca desconfianza, cuando Benson decidió matarle y cargar sobre el desdichado la muerte de Matthew Broding. Benson, con todo, cometió un error. Era hombre que gustaba de las cosas bien acabadas, y quiso terminar este asunto rescatando las joyas

falsas y arrojando el cadáver de Maud Munford al mar.

—¿Para qué recoger las joyas, si sabía que eran falsas y no tenían ningún valor? —preguntó Harvey.

—Benson temía que usted supiera el escondrijo de las joyas, por alguna confidencia de la señorita Munford. La idea de Benson, al dejar sin sentido a la señorita Sharp y abrir la espita del gas para que la mujer muriera asfixiada, era hacer parecer a su cliente como culpable de ese crimen. Luego la señorita Munford hubiera aparecido ahogada, y la Policía habría supuesto que sufrió un accidente cuando intentaba rescatar las joyas. Como las joyas falsas jamás hubiesen aparecido, tampoco habríamos podido probar nunca que las verdaderas estaban en poder de Benson. A propósito de esto —dijo Stern—, ¿querrá decimos ahora dónde están esos malditos cristales?

—En el islote que sirve de base al fanal rejo. En el fondo, en dirección norte, debe haber un agujero oculto tras unas plantas submarinas. Fue allí donde Gertrude Dobbs las escondió. ¿Tendré derecho a la recompensa?

—Lo que la señora Dobbs escondió eran piedras falsas, sin ningún valor, querida —dijo Harvey—. Los Dobbs nunca lo supieron. Pero Benson sí lo sabía, y por esa razón tenía que impedir que Gertrude Dobbs, primero, y luego usted, pudieran sacarlas de donde estaban. Entonces, se habría sabido que él se quedó con las auténticas.

—¡Así que no hay recompensa! —exclamó la joven, defraudada.

—No pierda las esperanzas —dijo Stern—. De una forma u otra, la Compañía de Seguros rescatará el capital que pagó por la póliza de seguros. Tal vez necesite usted de un buen abogado para obligar a la Compañía a pagar el diez por ciento prometido sobre el valor de las joyas... pero en fin, eso es lo de menos. Para empezar, ya tiene usted al abogado. ¿Se casarán ustedes antes, o después de cobrar la recompensa?

La evidente intención del capitán era embrollar, más bien que obtener una respuesta. Les volvió la espalda y se puso a mirar al sargento Hobble, que estaba practicando la respiración artificial a Benson.

Maud Munford miró muy seria a Murphy.

—Usted tenía razón, después de todo. Sigo siendo la misma chica tonta de antes de meterme en prisión.

—Me gusta más como tonta, que en su absurdo papel de mujer curtida del tipo de los "duros" de película de "gangsters"...

Sin saber cómo, Harvey se encontró hablando con lengua estropajosa. Un súbito mareo le invadió... y se sintió caer al suelo.

Al volver en sí, estaba viajando en un auto radio-patrulla, guiado por el sargento Hobble. Maud Munford se bailaba a su lado. Harvey quiso incorporarse, pero la muchacha se lo impidió.

—¿Por qué no dijo que estaba herido? Nos dio un susto tremendo cuando se desmayó —dijo Maud quejosamente.

—¿Dónde me llevan?

—Al hospital, naturalmente —replicó Hobble, sin volver la cabeza. Y tomó con una mano el radioteléfono que estaba zumbando—. Aquí QRS, auto patrulla ciento doce. Escucho.

Una voz salió del tornavoz:

—Atención QRS ciento doce. ¿Está con ustedes la señorita Munford? Comuníquenle lo siguiente. Un hombre llamado Henry Lee acaba de presentar una denuncia contra un tal Philip Hallen, acusándole de haber falseado determinados libros de contabilidad para hacer parecer culpable de desfalco a la señorita Maud Munford. No dejen de notificárselo a la interesada. Probablemente a ella le gustará saberlo. Cambio.

La voz de Hobble repuso, ligeramente emocionada, mientras en el asiento de atrás se escuchaban los apagados sollozos de Maud.

—Hola, QRS. Aquí Hobble, auto-patrulla ciento doce. Gracias, la noticia ha llegado a su destino. Regresamos a la base. Corto.

Harvey cogió la mano trémula que descansaba sobre su pecho.

—¿Ve usted? Al fin, todo se ha arreglado. Espero vivir lo bastante para verla feliz, sonriente… y algo tonta, como era antes de ocurrir todo aquello.

—¡Oh, claro que vivirá! —exclamó la chica, apretándole la mano—. Su herida no es grave, eso dijo el capitán. Y yo quiero que viva… necesito tiempo para expresarle toda la gratitud que siento por usted.

Se interrumpió. Luego, repentinamente, se inclinó sobre él y puso sus húmedos labios sobre los del abogado.

FIN



SALVAJE Y TIERNA SOFIA

por Peter Debry

—¡Da la cara, canalla!

Ella convirtió en grotesca la situación, al asirse, desesperadamente, al individuo, manteniéndole contra sí en abrazo de liana flexible. Emerson, ansioso de acabar con aquella humillante escena, forzó al máximo sus músculos.

El hombre pareció un monigote estrujado y atraído hacia la mujer y estirado hacia atrás del cuello por el visitante. Emerson retrocedió de pronto, horrorizado.

Se miraba las manos, alternativamente, mientras Sofía Amalfi chillaba agudamente.

El hombre resbaló con lentitud. Sus brazos bajaban desmadejados por encima de la satinada piel y los encajes.

Quedó sentado en la alfombra, posando la cabeza en las rodillas femeninas. Ella empujó. El hombre cayó de costado, inerte, fráccido como un saco vacío. Los chillidos femeninos se hicieron coherentes, y Frederick Emerson, perdiendo todo control, sólo pensó en huir lo más lejos posible.

Alejarse de aquel saloncito, horrible escenario donde la perversa lascivia de una mujer, y la pasividad de un hombre entontecido por el placer, acababan de convertirle en un criminal.

Una novela extraña, alucinante, distinta... ¡la novela de PETER DEBRY que usted esperaba!

SALVAJE Y TIERNA SOFIA

¡No deje de leerla!







EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain